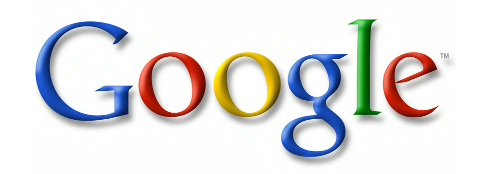
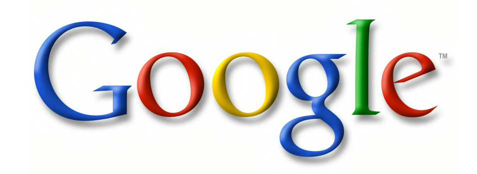
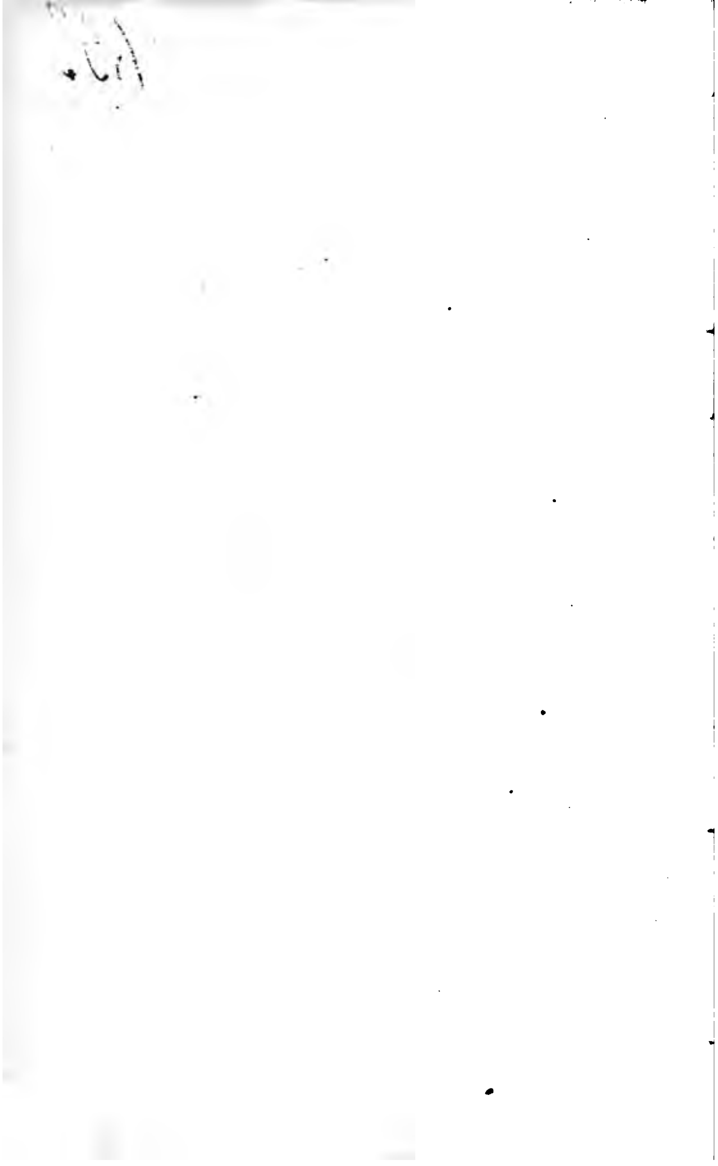




3 pts

CARTUCHERITA



ARTURO REYES

Cartucherita

NOVELA ANDALUZA

(2.ª EDICIÓN CORREGIDA)



MADRID — FORTANET — 1898

AL EXCMO. SEÑOR

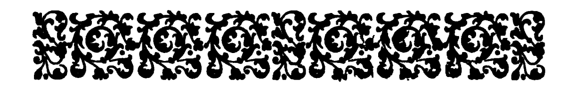
D. ANTONIO CÁNOVAS Y VALLEJO,

Gobernador Civil de Málaga,

crítico notable, distinguidísimo literato y cariñoso patrocinador de **Cartucherita**. En testimonio de gratitud y amistosa consideración

El autor.

CUATRO PALABRAS



CUATRO PALABRAS.

—Se lo digo á usté con toas las veras de mi corazón: eso que usté ha escrito está mu bien platicao, pero mu requetebién, y me apuesto á que es verdá lo que yo digo, los *sacais* de mi cara contra un soplo y un quiebro y un par de peteneras.—

Así me dijo, recién dado á la estampa mi primer boceto andaluz, Juan Pimentel (a) Cucaña, un terne nacido en la Goleta, educado en el Bulto y que á la sazón dedicábase á la propaganda de la fuchina en los despeñaderos de la Coracha.

Esta fué quizás la primera opinión que oí respecto á mis cuadros de costumbres, y,

¿por qué no he de decirlo?, el piropo me supo á mieles; se me antojó que aquel juicio tan pintorescamente expresado traíame algo así como una aprobación de la humilde clase social que había querido reproducir en mis cuartillas; me imaginé que Málaga, la Málaga de mi culto, la Málaga de la tradición dábame un apretón de manos y una cariñosa enhorabuena por conducto de uno de sus más típicos representantes, y esto—valgan verdades—dióme alientos para seguir la ruta emprendida, con más bríos y más lisonjeras esperanzas.

Un deseo empezó entonces á germinar en mí, á cobrar vida al calor de mis tal vez mal cimentadas ilusiones: el de escribir una novela de alguna extensión, cuyas páginas, todas, estuviesen inspiradas en este pueblo y darla al público decorosamente vestida.

Este deseo, durante mucho tiempo, ha sido mi más vehemente anhelo; la publicación de *Cosas de mi tierra* no llegó á realizarlo por

la brevedad de los cuentos y por la pobreza del ropaje con que salió á la calle, y por eso hoy me decido á presentar á ustedes á CARTUCHERITA, lo cual hago con todas las incertidumbres y todas las zozobras con que el amante lleva á cabo las últimas valentías.

No sé cómo saldré de mi empresa; no sé si CARTUCHERITA arrancará un aplauso á la tolerancia ó una censura á la imparcialidad; pero sea lo que fuere, al menos habré intentado rendir un tributo de cariño á Málaga, á la cual amo porque sí, y digo esto, porque no puedo concretar las causas de este amor; porque no conozco bien los ocultos resortes que no dejan languidecer estos fervores míos hacia la tierra en que vine al mundo, á pesar del jugo amargo que vertió en mis labios acariciadores de niño, y que sigue vertiendo en mis labios, ya maldicientes, de hombre.

No tiene este amor, sin duda, más explicación que mi manera de ser, de sentir y de pensar; esta índole mía, eminentemente esté-

tica, á cuyos mandatos me prosterno lleno de unción ante todo lo que fulge, sin importárseme un ardite que envuelta en la blanca túnica de la vestal se agite la bacante.

Las bellezas, las bellezas más sublimes del espíritu—yo creo—necesitan para ser exteriorizadas de modo perfecto, un organismo sin errores ni desfallecimientos de formas, como el rayo de sol necesita un ambiente límpido y sereno para no perder intensidad en su camino; visto al través de un cristal opaco ó de un cielo brumoso, en vez de aurora esplendente será tonalidad pobre y difusa; jamás la estatua chipriota podrá simbolizar las divinas excelsitudes que la diosa desenterrada por el campesino griego; la virtud en Tersites resultaría siempre menos virtud que en Paris, y yo, por suerte ó por desgracia, prefiero en todo orden de cosas, al austero sayal de las mártires del cristianismo la elegante desnudez de las sacerdotisas de Atenas.

***

Perdonen ustedes esta digresión, que tiene por único objeto decir que si amo tanto mi tierra natal, más que por las dulzuras que guarda en su seno, para mí siempre fecundo en tristezas, la amo, tal vez, por su brillante originalidad, por la poesía que en ella derraman las cuerdas de la guitarra; por sus cantos populares; por el rosal que aroma la moruna reja, donde á la luz de los astros melancólicos repiten los amantes la eterna serenata del amor; por el azul purísimo de sus horizontes, y por la gracia inimitable con que sus hijos traducen sus impresiones.

La amo quizá, porque al par que me maltrata me enamora y porque cerrando los ojos ante su ingratitud, la veo siempre ante mí en brillante apoteosis, sobre los hombros el mantón de Manila en cuya maravillosa urdimbre retuvo el artífice todas las tintas y todas las fulgencias de los trópicos; en su ropaje los vivos colores con que Goya las eternizara en el lienzo; en su luciente cabellera los jazmines

y los claveles con que Dios roció nuestros campos, y en su cuerpo la suave flexibilidad del antílope y el elegante plasticismo que nos legara la inspiración helénica en los frescos de Pompeya y en las cornalinas del Vaticano.



Me fuí por los cerros de Úbeda; perdonen ustedes, lectores, pero mi pícara afición á divagar me echó fuera del camino que me tracé al comienzo de estas cuatro palabras, que se van multiplicando más de lo que conviene á la resignación y á la tolerancia de ustedes.

Pues bien; después que oí la opinión del Cucaña, un día me permití englobar en un tomo dos cuentos andaluces hechos á vuela pluma con otra novela de índole distinta en la cual había puesto mis cinco sentidos y echado toda mi calor natural, creyéndome casi que iba á destronar con ella al autor del

Quijote para plantarme en la cúspide suprema de la española literatura.

Como ustedes comprenderán, no se realizaron mis modestísimos propósitos; la crítica se encogió de hombros desdeñosamente ante esta novela, y aplaudió los cuentos. Al hablar de estos esbozos algunos respetables amigos míos, y otros que no lo son, y ojalá lo fueran, ilustres personalidades todas, entre ellas, el solitario insigne de Polanco, el famoso Cartero Mayor de España, el notabilísimo autor de *Dulce y Sabrosa*, un malogrado y famoso crítico y el inmortal apologista del *Solitario*, repitieron más ó menos terminantemente el juicio que ya había escuchado del referido tabernero de la Coracha.

Alentado por esto, un día me permití reunir bajo el título de *Cosas de mi tierra* los ya publicados y algunos cuentos más. Este libro salió á la liza con traje bastante humilde, sin pulimento alguno, lleno de incorrecciones; las cuartillas casi sin revisar iban á

las cajas; este libro tenía modestísima aspiración, salió al palenque casi con el solo objeto de hacer frente á las nunca satisfechas y más prosaicas exigencias de la vida, y cuando desde casa del encuadernador llegó á la mía,—al verlo tan obscuro, tan modesto, tan pobre de indumentaria, decidí no enviarlo á solicitar una apreciación á la prensa de la corte, por temor á que fuera merecidamente arrojado al montón anónimo, á la inmensa necrópolis de lo insustancial y lo inútil.

Temeroso de ésto, hice lo que pensé: de *Cosas de mi tierra* no envié un solo ejemplar á los periódicos de Madrid; me concreté á someterlo é la crítica local, conmigo siempre indulgente y de cuyas apreciaciones imparciales me preservaron siempre también profundos afectos, generosas amistades y nobles compañerismos.

A poco quedé gratamente impresionado: mis colegas, no sólo velaron las deficiencias de la obra, sino que me tributaron aplausos

cariñosos; la opinión pública, esa diosa versátil y antojadiza, me miró, es verdad que por cima del hombro, pero al fin me miró un instante; los que siempre me hablaron con lealtad amárgándome en no pocas ocasiones pueriles é infundadas alegrías de escritor novel, me estrecharon la mano con efusión; *Cosas de mi tierra* no había pasado inadvertida, y aquella aprobación fué el primer sorbo de placer, de los pocos que he gustado, en mi difícil y obscura carrera literaria.

De todos los libros editados por mí, antes y después, háme quedado un remanente, que he regalado por no verlo á todas horas darme patente de nulidad desde los rincones de lo que yo me permito llamar pomposamente, mi cuarto de estudio.

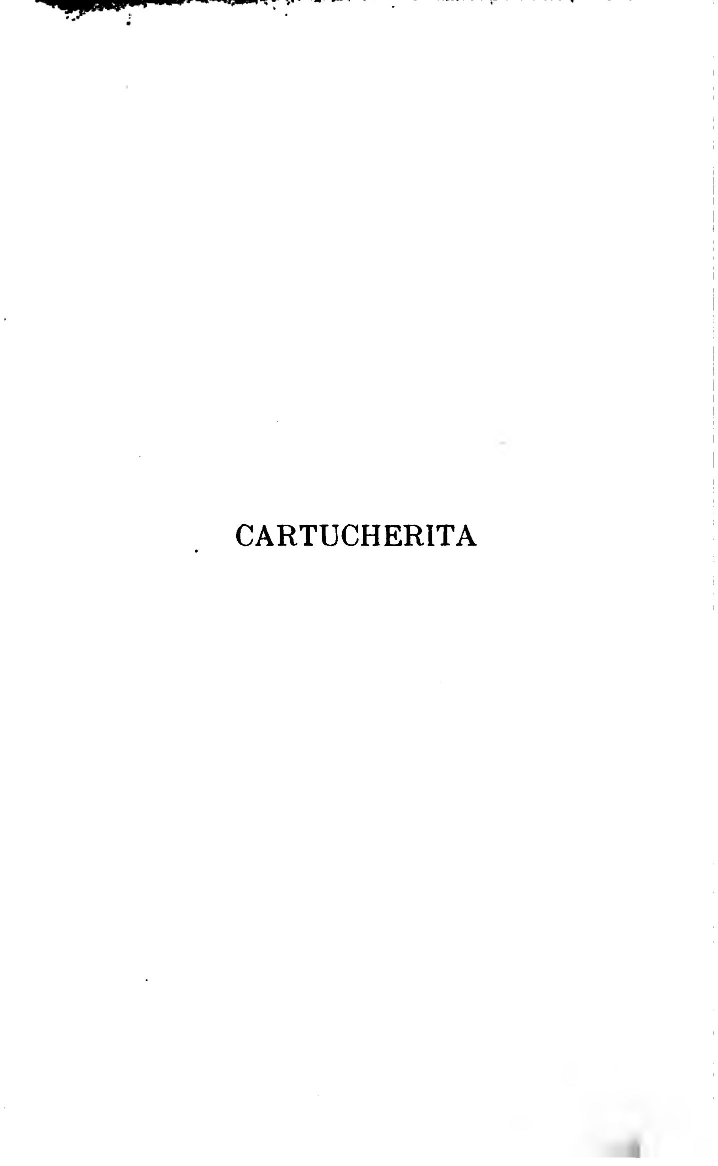
De *Cosas de mi tierra,* á los dos meses de editado no me quedaban ejemplares. Todo ésto, en lenta acumulación, me ha decidido á dar ustedes este nuevo volumen, que bautizo con el apodo de uno de sus protagonistas.

Málaga me lo inspiró, en Málaga lo escribí, Málaga es el pintoresco escenario donde se mueven sus personajes, en Málaga he nacido, en Málaga lo doy á la estampa, y como complemento lo dedico á un alma de artista, á un escritor distinguidísimo que ostenta un apellido que por sí sólo es ya el más glorioso cuartel de nuestro escudo regional y uno de los que más alto brillan en nuestro país; á un enamorado de esta tierra tan hermosa, de la que si algún día me alejara por mi mala ó mi buena fortuna, repetiría aquella estrofa de un hijo doliente del pueblo, que al alejarse de ella cantó:

«Adiós, Málaga la bella,
tierra donde yo nací,
para todos fuiste madre
y madrastra para mí.»

ARTURO REYES.

Enero, 97.



CARTUCHERITA



CARTUCHERITA.

I.

La casa escuela del barrio de Perchel era, en la época á que nos vamos á referir, viejo caserón de paredes llenas de parches y remiendos, grandes balcones y puerta igual casi á las que ostentaran las vetustas fortalezas de los tiempos heroicos.

El interior del edificio guardaba riguroso orden de relación con la fachada, excepto la parte que fué convertida en vivienda por el profesor, cuando tras prolongado asedio, pudo, si no enamorar, al menos convencer, de que lo aceptara como dueño, á la hembra más bonita que ha nacido de madre en la clá-

sica tierra del buen mostagán y de las mujeres de *tronío*.

El maestro D. Lorenzo de Medina y Portocarrero, á pesar de la sonoridad de su apellido, no era descendiente de aquellos ilustres varones que siglos atrás arrancábanse lanza en ristre contra zegríes y abencerrajes con la misma facilidad con que nosotros nos arrancamos por *seguirillas* ó peteneras, cuando estamos en voz y con un cuarto de hora que tirar á la calle.

No, señores; no descendía de tan glorioso abolengo; todo lo contrario, su árbol genealógico se perdía en la más obscura democracia del barrio; era de humilde origen, al menos, desde el punto á que él logró remontarse en sus exploraciones por la casi perdida necrópolis de sus antepasados, donde no tropezó con nobles adalides, como esperaba, y sí con muchos ejemplares de la más solemne vulgocracia, los cuales le hicieron desistir de buscar cúspides en la llanura y, dejando en paz á los muertos, tornar resignado á su modestísimo presente.

Tornó, resignado, á su presente, repetimos;

ganó á pulso la escuela del Perchel, y su vida se deslizó plácida y monótona hasta arribar á los 35 años, edad á que llegó no en muy buen estádo de salud, con una calvicie respetable, un corazón sin cicatrices, una conciencia sin manchas y una mujer, que, según opinión de los más doctos en la materia, era la flor de la canela y una rosa de pitiminí, y el delirio, y el disloque y la mar salada.

La Señá Teresa estaba considerada en la casa como una institución casi; había echado y perdido trenza y dentadura con la familia de Lorenzo, pues sólo había vivido lejos de ella el tiempo que tardó en matar á sofocaciones á su marido, cosa que consiguió á los seis años de su matrimonio.

Desde el día en que Lorenzo quedó solo en el mundo, volvió Teresa á tomar posesión de su antiguo puesto con más atribuciones que antes y fué para el profesor á modo de leal, incorruptible y cariñosa ama de gobierno, la cual le siguió, como la estela al barco, por el monótono derrotero de su vida apacible.

Desde los 20 años, edad en que se hizo cargo de la escuela, hasta el día en que, sin

previa consulta lo traemos á colación, la vida de nuestro personaje habíase deslizado sin romper la igualdad del sistema más que en dos ocasiones: una cuando arrojó un cabo á Cartucherita para evitar su naufragio y la otra cuando liándose la manta á la cabeza dió brillantísimo remate á la conquista de Clotilde, para él de más *pelendengues* que para Hernán Cortés la del imperio mejicano.

Del primer suceso ya hablaremos en capítulo aparte, porque así conviene al plan de nuestra narración, y respecto al segundo, nos concretaremos á decir que un día Lorenzo, que ya iba picando la retaguardia á los 30 años, cometió la ligereza de fijarse en Clotilde, la cual estaba aquel día bonita como el sol de Mayo, puesta de veinticinco alfileres y echada, con todo el salero que Dios puso en ella, sobre el mostrador de la carnicería de los Cuscurros, que así designaban en el barrio á los progenitores de Clotilde.

Lorenzo, más aficionado á pasear con Flammarión por Júpiter ó Saturno, ó á perorar con Demóstenes en las solitarias riberas del mar de Grecia, ó á seguir con Newton el descenso

del fruto luminoso, que á andar de picos pardos, apenas si había parado mientes nunca en aquel compendio de gracias y estéticos hechizos.

Fijóse aquel día por arte de birlibirloque ó de encantamiento tal vez, ó porque estaría escrito, como reza el apotegma oriental, en lo gentil de la apostura de Clotilde, en el purísimo azul de sus ojos, donde alboreaban en celestes claridades los primeros y recónditos anhelos; en su tez blanca, en su pelo rubio y rizoso; en sus formas, donde aun la curva desmayaba vacilante en los esfuerzos de la florescencia, y sintióse como transformado de pronto por extraña sensación hasta entonces para él desconocida.

Desde aquel día pudieron notar los harapientos y churretosos escolares que el profesor parecía quedarse dormido en la tribuna con los ojos abiertos; que las travesuras con que amenizaban sus horas de reclusión pasaban muchas de ellas inadvertidas para él; que podían impunemente remedar sus ademanes, cazar moscas y tirarse migajas de pan y otros proyectiles sin que D. Lorenzo encauzara sus

anárquicos rebasamientos de frontera con su voz grave y su actitud un tanto enfática de catedrático joven.

La Señá Teresa no pudo menos de notar esta metamorfosis, y por si en ella radicaba el motivo extremó sus cuidados y sus desvelos, hizo discretas indagaciones, aventuró preguntas llenas de disimulo, puso en juego su vasto repertorio de ardides y tunanterías y, por fin, se aclaró la nebulosa.

El profesor, que no tenía con quién espaciar su ánimo, le abrió de par en par las puertas de su corazón y le hizo el verídico relato de lo que sentía desde la pícara hora en que hubo de fijarse detenidamente en Clotilde; además le confesó lo que aún no saben nuestros lectores, los casi infantiles procedimientos de conquista á que había recurrido, consistentes en pasar cien veces por la carnicería y en disparar á tranquilizadora distancia tímidas miradas y mal disimulados suspiros sobre la graciosísima hija de los carniceros.

De la confesión del maestro dedujo la Señá Teresa que por aquel camino y de aquel modo no se iba á ninguna parte, y decidida á pres-

tar apoyo á la inexperiencia y á la poquedad de espíritu, extremó sus amigables relaciones con los Cuscurros y dióse tan buenas mañas, que un día, á los quince de estar trabajando la partida, dijo á Lorenzo con voz zalamera, estirando el cuerpo más que de costumbre y con actitud que hubiera envidiado el perínclito de Roncesvalles.

—Por fin, hijo mío; por fin, dame un abrazo, que bien me lo merezco; durilla estaba la *gachí*, pero pá algo bueno me ha dado Dios *labia* y buena voluntá; vamos á ver si le escribes una carta, diciéndole toitos esos resquemores y toitos esos encogimientos de corazón que te dan pensando en ella; me parece que mañana á estas horas te he dado una de esas alegrías que ponen á la pena de cuerpo presente.

Lorenzo escribió la carta entre temblores y calofríos, ansiedades y sustos, y al día siguiente ¡Virgen Santa! Al día siguiente, desde que la Señá Teresa salió con la carta sobre el escuálido seno, sintióse poseído de terrible agitación, no podía parar en ninguna parte; la incertidumbre y la impaciencia se

lo disputaban, y cuando tras una hora de incesante ejercicio sintió resonar la campanilla de la puerta, por poquito se arroja de cabeza al patio por tirar más pronto del cordel.

La entrada de la Señá Teresa fué solemne y triunfal.

Lorenzo no le preguntó nada, no se atrevió; pero la generosa anciana no quiso hacerle sufrir, y con voz jadeante y satisfecha le dijo:

—Alegra esas niñas de tus ojos, ya está todo hecho; ella no te ha escrito, porque á la pobresilla le da vergüenza por la mala letra que tiene; conque ea, ya estás en franquía; ahora, á navegar por los mares del querer; porque eso sí, su corazón tiés que ganarlo miajita á miajita; ella te aprecia, le eres mu simpático, pero de esto á perder el punteao hay más agua que desde aquí hasta el moro.

Lorenzo quiso enterarse con pelos y señales de los trámites de la negociación, paladeando con pueril voluptuosidad los más nimios detalles de la entrevista.

Después de hacerse repetir cien veces los

hechos, pensó en que era preciso ir aquella noche por primera vez á casa de los Cuscurros y se asustó ante la enormidad de su osadía; de un lado embriagábale de júbilo la idea de sentarse autorizadamente al lado de Clotilde, de ver de cerca su tez de nácar, sus ojos de mirar vago y soñoliento y sus rizos dorados; de otro su selvática timidez, su falta de hábito, su recogimiento de carácter, declarábanse en rebeldía, y durante las horas que precedieron á la visita anduvo como palomino atontado.

Llegó el momento, y no hubo más remedio que hacer de tripas corazón, y vestido con relativa elegancia dirigióse á la carnicería.

Huelga que nos entretengamos en narrar la entrevista; basta para la indispensable claridad de la historia decir que nuestro héroe aquella noche mereció, por su comportamiento heroico, ser ensalzado por el cantor de Aquiles.



Diez meses después se verificaba el casamiento de Clotilde con el profesor.

Las comadres del barrio, al hablar de esta boda, echaron á volar las campanas de los malos pensamientos y dieron en decir que aquel matrimonio había de concluir como la romería de Figueras, porque si bien el marido estaba por su mujer haciendo números en el aire, la mujer tenía el corazón más seco que la yesca y más libre que los pajaritos del campo y que las olitas de la mar.

Pasaron los años, y la torpe conjetura había sido desmentida por la realidad honrada hasta el día en que lo presentamos á nuestros lectores. Lorenzo y Clotilde eran modelo matrimonial acabadísimo, y en vano los tenorios percheleros de más *contera* pusieron proa á la Cuscurro. Esta se mantuvo en sus aguas, permitiéndose tan sólo, de vez en cuando, tomar el pelo á alguno de aquellos ternes antojadizos que le paseaban la calle, queriendo avasallar su decoro con guiños y amartelamientos y volverla loca con sus contoneos de cintura y con sus irresistibles tunantadas.

Así iba navegando por el piélago de la dicha el matrimonio, cuando una tarde pene-

tró en el comedor en que estaban los dos charla que te charla, la Señá Teresa, con un telegrama en la mano.

Lorenzo quedó sorprendido alegremente por su lectura.

—¿Sabes quién llegará mañana? Cartucherita—dijo á Clotilde, alborozado.

Desde aquel momento la casa escuela perdió la serenidad y el silencio de costumbre; pareció que aquel telegrama había llevado en sus caracteres azules todos los gérmenes de una borrasca. Clotilde y Teresa anduvieron de cabeza para arreglar un aposento al futuro huésped, y mentira les pareció cuando la tarde del siguiente día se sentaron á aguardar la llegada del torero, á quien Lorenzo habia ido á esperar á la Estación, sin llevarse la murga del barrio porque la gente no dijera.



II.

Antes de proseguir, menester es que sepan nuestros lectores quién era Cartucherita, para lo cual hemos de remontarnos á época bastante anterior al casamiento de Lorenzo y Clotilde.

Fué á poco de ganar la plaza de profesor de primera enseñanza, cuando un día se le presentó Currita la Buñolera, una gitana con más años que Matusalén, famosa por su mucho salero y por el punto especialísimo que sabía dar á la masa, punto que era su orgullo y la envidia de todas sus compañeras de profesión.

No se presentó sola Currita, sino acompañada de un chavalillo gracioso de cara á

quien tenía cogido por un brazo para que no tomase las de Villadiego, sin duda.

Lorenzo, que, como todo buen aficionado á la masa frita, conocía aquella casi institución del oficio, la recibió cariñosamente.

El motivo de la visita no se hizo esperar.

—Dios bendiga á usté, saleroso—dijo la gitana.

—Y á ti también, Currita; ¿quién mal te quiere que por aquí te envía?

Frasquita suspiró aparatosamente y repuso:

—Mi güena suerte pá que osté sea el paño é lágrimas de la gitanica desconsolá.

—Vaya, mujer, dime lo que te ocurre.

—Pues, ha de saber osté, flor de romero (por los *clisos* de mi cara se lo juro), que si osté no lo remedia, este esgalichao infortunaillo me manda al cimenterio.

Y al decir esto, Currita zarandeaba al rapaz, que permanecía sin cambiar de color, ni aparecer molesto por aquel brusquísimo ataque.

—¿Y qué te pasa con este gurripato?

—¡Ay, señorito de mi corazón, y lo que

me pasa! Este condenao de mi vida, como usted sabrá, poique lo habrá oido decir es...

—Sí, Curra, ya supongo quien es; estoy enterado de tu acción generosa.

—¿Y qué iba á jacer con este probetico grillo carbonero? Lo iba á dejar desmamparao y sin misericordia de naide en mitá de la del Rey? No, zeñó, que á la mare que lo echó al mundo la quería yo como si fuera sangre de mis venas. Naturalmente, al verlo solito lo recogí y gloria que yo tenga pá él la mejor parte; pero ¡ay, zeñó maestro! esto es más malo que un cólico miserere; no me deja vivir y va á ser mi perdición si su divina Magestá y usté no lo remedian; sí, zeñó, va á ser mi perdición, se lo juro á usté por estas que son cruces;—y al decir esto Frasquita cruzaba los curtidos y rugosos dedos y los besaba con desesperado ahinco.

Sin ir más lejos,—siguió diciendo la gitana —sin ir más lejos, hier trempano lo dejé al cudiao de la masa un minuto, no fué más que un minuto, y mire usté qué dolor lo que hizo este, arrastrào se vea por desagraecío. Apenita

gorví las espaldas echó en la masa un paper de marnesia que yo tenía allí, y supóngase usté cómo estarían mis marchantes aquel día. Ya comprenderá usté que esto no puede seguir asin, poique un día echa azogue en los buñuelos y van á parecer los que los coman que tienen el mal de San Vito.

—¿Y qué quieres tú que yo le haga?

—Pues, verá usté; anoche hablando con Dieguito el del Fuelle y contándole llorando á lágrima viva todas las judiadas de este hijo de ladrón que Dios tenga en su santa gloria, me dijo:—Lo mejor que jace usté es llevarlo á la escuela del zeñó Lorenzo, que es un mocito más salao que las pesetas y más santo que un colirio y que sabe más que Merlín, y verá usté cómo le da un recorrío al mozo que lo pone como nuevo, y encorda el guitarro sin saltarle una cuerda, pa que no güerva á sonar más hasta que le pía á usté el cuerpo una miajita de sonsonete.

Lorenzo, tras esta persuasiva peroración, quedó convencido y dió cabida al hijo del difunto gitano en su clase, donde bien pronto aquel descendiente de los parias ganóse alta



investidura de valiente entre los más valientes y de malo entre los más malos.

Pasaban los años, y si bien Cartucherita se quedó en todos los dinteles de los distintos pórticos de la ciencia, habíase ganado en cambio puesto altísimo en el corazón del maestro con sus graciosas zalamerías, su nobleza de alma y con la profunda devoción que parecía tributarle.

La Señá Teresa había sido ya ganada también por el gitanillo, cuando un día llegó á la escuela una noticia profundamente triste; la Señá Frasquita acababa de morir, como casi siempre había vivido, al lado del fogón.

El maestro, ante tal noticia, quedó meditabundo pensando en el completo abandono en que quedaba Cartucherita; llamó á la anciana sirvienta, departió con ella brevemente y después se llevó á Pepe á su casa y costeó el entierro de Currita la Buñolera.

En vano recurrió Lorenzo en lo sucesivo á todas las habilidades para abrir á Cartucherita los sentidos y que en ellos penetraran los raudales luminosos del saber, ¡todo fué inútil! Cartucherita era para los libros más bruto

que una yunta, como decía la Señá Teresa, y sólo era pintiparado para ponerlo todo patas arriba, para zurrar el bulto á sus ilustres condiscípulos ó para hacer la competencia al más ágil titiritero.

No obstante esto, de todos era querido merecidamente; en todas sus travesuras, en todos sus alardes, en todos los detalles de su conformación moral, había fuerza y nobleza; sus víctimas eran los vigorosos, nunca los débiles; todas las chucherías con que la Señá Teresa probábale su afecto, pasaban siempre á poder de los más necesitados, y cuando hacía un daño de modo inconsciente, toda su entereza, toda su inflexibilidad, convertíase en dulzura y mansedumbre para la justificación ó el olvido.

Así arribó nuestro protagonista á los diéz y siete años. Sus inclinaciones fueron marcándose con enérgico relieve y valiente colorido.

El arte de Cúchares empezó á tirar de él con tal empuje, que pronto se le vió codearse con una generación tauromaca infantil y escaparse todas las mañanas para ir al Arroyo

del Cuarto, á dar cuatro quiebros y cuatro recortes á las reses destinadas á ser traducidas en *beefsteak* en la mesa de la burguesía y en pingajo despreciable en el clásico puchero de nosotros, los desheredados de la fortuna.

Allí aprendió á burlase de aquellos mansurrones procedentes de las dehesas marroquíes, pacientes y prudentísimos todos y casi siempre incapaces de cometer un desaguisado, impropio de su temperamento.

Allí, no obstante estos, sufrió los primeros acosones y dió por primera vez al aire la remendada indumentaria interior, y allí, por fin, fué contratado para lucir sus aún ignoradas aptitudes en la Plaza de los Poyos de Yunquera, á donde fué, como supondrán los que nos leen, sin la autorización de Lorenzo, que estaba á rabiar con aquellas aficiones.

Poco á poco fué alargando Cartucherita el paso, hasta que un día recibió el padrino carta suya fechada en Sevilla, carta que era un atentado á la sintaxis y á la ortografía, y en la cual decíale el desertor de su hogar que no

le esperara hasta tanto que no viera su nombre á dos tintas como espada de los de trueno en los carteles.

Desde aquel día hasta éste en que lo sacamos á relucir, algunos años habían transcurrido, y ya casi estaba encaramado al altísimo puesto, meta de sus esfuerzos y aspiraciones.

Durante este tiempo habíase reconciliado con su padrino, al que llevaba siempre agarrado al corazón, y ya era un novillero de los de campanada cuando recibió la noticia del próximo enlace de Clotilde con el maestro.

Cuando leyó la carta en que se lo anunciaba Lorenzo—que la leyó en el muelle de Algeciras,—recordó inmediatamente á la futura de su padrino; la recordó sin esfuerzo alguno; era una figura simpática engarzada en el joyel de sus recuerdos.

Clotilde era ya la más grande maravilla del Perchel cuando él empezó á sentir los primeros chispazos de sus pujantes tendencias varoniles; una de las imágenes predilectas de sus ensueños de púber vigoroso y pasional, y sin el menor esfuerzo, por tanto,

surgió á su evocación en los vaporosos horizontes de sus más gratas memorias.

Pensó concurrir á la boda, y no pudo; tenía que trabajar en San Sebastián, y desistió de asistir al solemne acto; pero no fué esto obstáculo á que echara en la caja del joyero de más ínfulas de las orillas del Guadalquivir casi la fortuna de un pobre á cambio de un aderezo digno de una infanta y de un cronómetro de esos cuya adquisición forma época en la existencia de un humilde.

El tiempo siguió anda que te anda, hollando tristezas y hollando alegrías, y una mañana se levantó Pepe pensando que ya, realizadas sus ambiciones de gloria, podía ir á abrazar á su protector; sintióse de pronto nostálgico de ambiente y de luz de la tierra natal, ansioso de volver á la calle donde su madre lo echara al mundo para pasmo y admiración de la gente torera; de volver á corretear por Guadalmedina, por el arroyo del Cuarto, aula primera de su afición; de tumbarse en las playas de Pescadería y del Bulto, donde tantas veces hizo restallar sus hondas en las históricas pedreas, y de lucir

el garbo desde la calle del Carmen al ventorrillo de Quintana, despertando envidia y admiración entre sus antiguos compañeros.

De modo tal acentuóse en él este afán, que á los pocos días decidió en un periquete el viaje.

Su impaciencia puso de mal humor á Lolita la Veterana, su amante oficial por aquel entonces; ésta le creó obstáculos, él se alzó de pelo y ella ya hecha un basilisco, torció el precioso hociquito, púsose los puños en las caderas, balanceó acompasadamente el cuerpo de estatua, rimó con la punta del pie casi un ataque á la bayoneta y tantas cosas dijo á Cartucherita, que éste juntó los extremos de las negrísimas cejas, la miró con intimidadora inmovilidad y momentos después telegrafiaba su salida de Valencia á su padrino.



Pepe se asomó á la ventanilla dulcemente impresionado; no era para menos: Málaga empezaba á destacarse á lo lejos entre las nieblas luminosas del crepúsculo; ya se dis-

tinguía la Catedral con sus contornos rígidos, reposados y graves sobre un fondo aún azul pálido; las enhiestas chimeneas de las fábricas arrojando en la apacible atmósfera el hálito ennegrecido y vital de las calderas; el mar sereno y adormecido en sus playas y los montes borrándose lentamente en la sombrosa lejanía.

Se fué aproximando el tren á la estación, silbaron las válvulas, fué disminuyendo su rapidez, dejó atrás los vastos talleres y llegó por fin al andén con terrible estrépito de mole jadeante.

Algunos grupos esperaban á los viajeros; Cartucherita vió á su protector, y antes que el tren se detuviera del todo saltaba en tierra y dejaba casi sin respiración de un abrazo al hombre más bueno que ha nacido de madre en la *ciudad bravía* de las doscientas tabernas, que dice un cantar.





III.

Mientras Lorenzo se dirigía á la estación, Clotilde, hecha un brazo de mar, dictaba á Teresa las últimas disposiciones para dar la mayor brillantez posible al recibimiento preparado al huésped.

La maestra estaba que embestía de hermosa; habíase puesto un vestido de dibujo celeste sobre fondo blanco, sin almidonar, al objeto de que la rigidez del planchado no quitara morbidez al contorno; un pañuelo de crespón azul de flecos larguísimos, anudado en la cintura, con los extremos sobre la enérgica cadera á modo de flexibles caídas y dejando ver el nítido nacimiento del seno, sobre el cual brillaban una cadena y un relicario

de plata; los brazos, hasta la mitad desnudos, estaban ceñidos por ajorcas morunas, y su cabeza, aquel surtidor de ondas de oro purísimo, recogido la mitad en elegante coco griego, atravesado por una agujeta rematada en caprichosa libélula con alas de amatista, y la otra mitad cayendo sobre la nuca en artístico desbordamiento.

Cuando hubo terminado, sentóse en una poltrona, satisfecha de su trabajo y de sí misma.

La habitación de paredes blanquísimas, destinada al forastero, había quedado convertida en un jarroncito de plata; un bonito catre de hierro maqueado, con gran colcha y vistoso cubre-pies de vivos colores; lavabo de nogal con tablero de piedra y espejo de dudosa limpidez; una butaca y cuatro sillones de Vitoria; una mesa de noche acabadita de sacar de la tienda, una alfombra de moqueta y cuatro cromos con vistas de Leipzig componían el mobiliario.

El comedor también fué embellecido para recibir dignamente á Cartucherita. La lámpara iluminaba con serenas tonalidades la

mesa, cubierta de platos llenos de frutas y dulces, de copas y botellas y rematada en los cabeceros por dos grandes ramos de flores. La Señá Teresa dábale la última mano corrigiendo pequeños olvidos. Aquel día fausto, habíase tirado la casa por la ventana, y Clotilde, al ajustar la cuenta del despilfarro, sentíase profundamente mortificada.

No obstante, no se había podido pasar por otro punto para recibir decorosamente á Pepe. A este lo recordaba Clotilde de modo vago, pero no se había desvanecido del todo en sus memorias la carilla radiante y maliciosa, ni el timbre de su voz, de aquella voz enérgica y dulce con que alguna que otra vez, comiéndosela de camino con sus negrísimos ojazos, había hecho resonar en sus oídos arrullos y requiebros.

Desde que salió Lorenzo para ir á esperar al viajero, la vieja criada no había cesado de hablar de Cartucherita, á quien, como ya saben nuestros lectores, tanto había tenido que soportar en sus primeros años. ¡Qué retemalo era entonces! ¡pero vaya si tenía buen fondo, y, vaya si quería á su padrino!

á ella también la tomó voluntad; verdad que tuvo motivos para tomársela: ella para con él fué una bendita de Dios, capa de sus *trapatiestas,* zurcidora de sus prendas de vestir, deshollinadora de su epidermis y su asidua enfermera en algunas descalabraduras que padeció, únicos accidentes que le combatieron durante todo el tiempo que permaneció en aquella casa.

La Señá Teresa estaba más contenta que unas Pascuas, y como la alegría era en ella madre, si no de la elocuencia, al menos de la verbosidad, no puso dique á su peroración hasta que sintió detenerse un carruaje á la puerta.

—¡Ya están ahí!—gritó rompiendo bruscamente la trama de sus dulces recuerdos.—¡Ya están ahí!—repitió alborozada, y salió de la habitación con ligereza impropia de sus años.

Pepe penetró en la casa conmovido; la Señá Teresa habíasele colgado al cuello y llenádole el semblante de saliva en un arranque de aparatosa ternura.

Cuando llegaron al comedor, dijo Lorenzo á Clotilde con acento henchido de placer:

—Aquí lo tienes; si no hubiese sido por el cariño que le tengo, no le conozco.

Clotilde sonrió, estrechando la mano que el torero le tendía, y repuso.

—No tanto, está muy variado, pero no desconocido.

—Pues ¿y usté, señora?; cuando yo me fuí era usté una clavellina.

—¡Y hoy?

—Hoy, ¡un clavel de Bengala!

Clotilde contestó á la galantería con una graciosa inclinación de cabeza, y dijo:

—No lo quiero entretener, tendrá usted hambre y deseos de asearse un poco; ya charlaremos después, aquí le aguardamos; Teresa, acompáñele á su habitación.

—Acompañarme, ¿pa qué? si me sé yo la casa de memoria, y desde que salí de Valencia sabía el cuarto donde yo voy á dormir esta noche como las propias rosas.

—¿Se puede creer eso?

—Ya verán ustedes.

Y salió Cartucherita al corredor y pocos momentos después se le oyó decir:

—¡Pairinos! ¡de *chipé!;* ¡pues si es esto el camarín de la Virgen!



Diez minutos después se sentaron todos á la mesa; Clotilde empuñó el brillante cazo y empezó á servir la sopa, mientras la anciana sirvienta, más tiesa que de costumbre, no quitaba ojos del torero.

Este, en un principio, apareció un tantico desconcertado, pero después de ponerse repetidas veces al habla con los señores de Montilla y Solera, rompió con sus timideces, y al empezar á saborear el café y el aromático humo del cigarro, se retrepó, gallardo, en la silla, cruzó desenfadadamente las piernas, desabotonóse el escotado chaleco, y contestando á las preguntas del profesor hizo de modo sintético su biografía durante el tiempo pasado lejos de Málaga.

—¡Ya se ve!—dijo—lo que yo hice, no estuvo bien hecho, pero usté, pairino, no quería que me arrimara á un morucho ni con

bula pontificia; á mí me jervía la afición, y ca vez que filaba un toro, ¡qué un toro! un pernil en un garabato, se me alborotaba algo en el cuerpo.

Toitas las mañanas nos íbamos á la esplaná de la Estación, yo y el Inglesito, que es hoy mi primer banderillero, un mozo de garbo y un amigo de los de *buten*, y allí nos dábamos cuatro achuchones con los *guasas* que llevaban al Mataero; un día, allí mismito, nos contrataron pá trabajar en Jubrique como compañeros del Chinche y del Jacha, ¿se acuerda usté?

—¡Vaya si me acuerdo!

—Pues verán ustedes: en Jubrique me estrené con un berrendo en colorao, cornigacho, tuerto del derecho, más viejo que un palmar y más grande que la Giralda. Me porté como un hombre, y al mes y pico se me presentó otra contrata pá Atajate; me escapé de nuevo; allá cumplí también, según dijeron, de primera, me soltaron veinte alfonsinos que á mí me parecieron veinte millones y me planté en mitá de la plaza y me dije:—Mira, Pepe, tú no conoces la vergüenza, ni

de vista, si después de la nueva mala partía que les has jugao á tu pairino, tiées cara pá volver á su casa pá luego escaparte otra vez á las primeras de cambio.

Entonces fué cuando le escribí á usté diciéndole que me perdonara, y que tomaba el portante pá Sevilla en busca de fortuna. Ya allí, pasé las de Belica, nadie me decía, «por ahí te pudras» ni «por ahí te quemes», y si no hubiera sido por Julián el de los «Ganchos», acabo por no tener frente, ni perfil, ni tan siquiera señas personales.

Julián, que es cosa buena, mejorando lo presente, me tomó voluntá, y como era mú amigo del Niño Valenciano, y éste entonces tenía mucho valer entre la gente de *órdago*, le hizo que me proporcionara una contrata pá la propia Sevilla.

El mismo Julián me buscó un terno de luces, con vistas al cuero, y aquella tarde, después de beberme diez copas del seco de Yunquera en cá de Garibaldi, me dije yo, porque yo soy mú aficionao á decirme cosas:—Mira mozo bueno, ya llegaste, por fin, á la pierecita de toque, y si es verdá que tiées lacha y

corazón, te portarás como Dios manda, y si te portas como manda Dios, desde hoy te sobrarán aplausos y *parneses*; pero si tiées canguelo, entonces lo mejor que haces es poner un puesto de peir limosna y otro de perdone usté por Dios, hermano.

Camará, y qué *jindama* tenía yo aquella tarde! Toita Sevilla estaba en los tendíos; seis desechos de tienta y cerrao en los toriles: el mozo con quien yo iba á alternar, el Virone, era un gaditano sin inteligencia, sin injundia y hasta, como yo, sin calzoncillos blancos.

El primer bicho que salió era un elefante retinto, corniveleto y con más ciencia que un catedrático. El Virone tiró al marrajo el trapo pá pararle los piés, el bicho le cortó el terreno y allá fué Don *Tiritaña* á decirle una cosa al oido á la presiencia; cuando volvió, se trompezó otra vez con el bicho y desde allí lo llevaron entre cuatro y contra tó el torrente de su voluntá, á que le echaran en la enfermería tapas y medias suelas.

Como es natural, tuve yo que picar la quilla á aquellos seis trasalánticos, y yo no sé como lo hice siquiera; á mí, el aguardiente, el

calor y las ganitas de portarme bien se me subieron á la cabeza y... vaya, pairinos, que cuando salí del reondel, me llevaba la gente como á los santos, en procesión.

Lo demás, ya lo saben ustedes; el golpetazo de Sevilla sonó, y tanto sonó, que desde aquel día empecé á subir como la espuma y á verme solicitao por los mismos que poco antes me juían tierras y cielos como si tuviera tiña y á tener *parnés* y me pidieron la mar de retratos pá los periódicos, y Cartucherita por aquí, Cartucherita por allí, de pronto me encontré tuteando al de Córdoba; me dió éste la alternativa que me supo á mieles, y aluego al terminar la corría un abrazo, que tanto me jinchó de vaniá, que desde entonces no quepo en el pellejo de orgullo.

Aquí, pues, se acabó la presente historia; las güenas lenguas dicen que yo soy la mar y los barcos, y yo ando peleando conmigo mismo pa creerme tó eso que dicen y ya solo me falta el canto de un pelo pa creérmelo del tó.

Mientras estubo hablando Cartucherita, ninguno de los oyentes pestañeó siquiera;

escuchóle el maestro con expresión plácida y resignada, la Señá Teresa reventando de alegría y Clotilde agradablemente impresionada por el interés de la narración y por el timbre de voz, lleno, viril y armónico de Pepe.

Las diez eran cuando dióse por terminada la comida.

—Ahora, á descansar,—dijo D. Lorenzo, á quien las dos ó tres copas de vino aguado habíanle llenado los ojos de vaga somnolencia.

—¡Y vaya si voy á dormir á gusto, chavó! con qué ganitas voy á coger la *silenciosa!* y que no está mú requetebién hecha por esas manos!

—No, por las mías no, por las del ama—repuso la Señá Teresa.

—¡Ah! por eso güele á albahaca y á jazmines.

Clotilde inició la retirada, correspondiendo con una sonrisa al requiebro del muchacho.





IV.

—¡Chavó, y qué hermosa está la mairina!—dijo Pepe ya solo en su habitación, dejándose caer pesadamente en la butaca.

—¡Chavó, y qué hermosa!—repitió en voz queda y suave; y entornando los párpados, quedó como sumergido en voluptuosa meditación, viendo reproducida la tentadora imagen de Clotilde en los cristales de sus ojos y en los espejitos de su pensamiento, y sintiéndose como acariciado por el ambiente de aquella casa, en donde parecían flotar perfumes y cariños de los que orearan su corazón en su niñez, y dulces remembranzas de fugitivos ensueños y de ya casi olvidadas alegrías.

El torero contaba por aquel entonces unos

veinticinco años; su cuerpo, fortalecido en el terrible ejercicio, era proporcional, hercúleo, más que por las dimensiones por la consistencia, por la sobria y elegante energía del contorno, por la fácil y poderosa elasticidad de los movimientos; la cabeza de forma correcta, de perfil duro, nariz acaballada, ojos grandes, hermosos, negrísimos, llenos de eróticas osadías y de insolencias ardientes; cuello largo y mórbido; labios frescos y carnosos, blanca y desigual dentadura, pelo castaño y la tez obscura y suave como la de un bronce florentino.

Buen rato permaneció Pepe sumido en sus abstracciones, correteando mentalmente con vaga fruición por el laberíntico panorama de su ayer; panorama invernal donde de vez en cuando veía ó sentía surgir una flor, un rayo de luz ó una oleada de aromas.

Entre todas las imágenes que al conjuro de su voluntad daban tumbos en su cabeza, la de Clotilde fulgía como un rayo de sol, esfumándolo todo con sus intensas radiaciones y despertando en él esbozada ansiedad de algo no perfectamente definido.

¿Qué había pasado al torero?

Pepe, al salir de Valencia, pensó encontrar á Clotilde perdidos casi sus encantos, envejecida por el matrimonio, ajada por las vulgares exigencias de la vida; esperó encontrar un crepúsculo vespertino anticipado, y en lugar de ésto, encontróse con una plenitud radiante, con una florescencia estival y arrolladora.

Al hallarla más hermosa que nunca, en el exuberante promedio de la vida, espléndida, con el rostro terso y suave; los ojos dulces y luminosos, donde parecía haberse cristalizado la expresión del placer; los labios purpúreos, nítida la dentadura, dorados y rizosos los cabellos; el cuello tornátil como el de las palomas, y largo y redondo como el de una modelo ateniense; el seno alto y firme como tallado en roca, los brazos fuertes, la cintura haciendo prodigios para no romperse bajo la marmórea pesadumbre del busto; la cadera enérgica y lasciva como la de una matrona; el pie pequeño y arqueado, como Dios los destinó á las mujeres andaluzas; al ver todo aquel derroche de belleza aromatizado en las venas con hálitos de flores desconocidas, moviéndose con el más gracioso contoneo, con

la más clásica elegancia; al pasear sus ojos por aquella tentación, sintió algo así como si lo invadiera poco á poco una ola de fuego, y en todo el tiempo que estuvo junto á ella no se atrevió á mirarla frente á frente, por temor de que se le asomara á los ojos algo de aquello que de pronto había empezado á vibrar en sus sentidos.

Cartucherita pretendió arrojar lejos de sí aquellos pensamientos y aquella imagen, y se incorporó bruscamente; quiso alejarse de aquellos peligros, y por conseguirlo se puso á pasear por la reducida estancia, á curiosear los cromos que adornaban las paredes, á abrir los cajones del lavabo, á mirarse sin verse en el espejo, hasta que, cansado de dar vueltas sin conseguir su objeto, empezó á desnudarse con lentitud, dejando cada prenda en sitio diferente, arrugada y maltrecha...

Levantó la cobertura de la cama; un ligero perfume le acarició, perfume de mujer pulcra y fragante: aquellas sábanas pertenecían, sin duda, al lecho matrimonial.

Se desperezó lánguidamente, entornó los párpados y metiéndose muy dentro de sí, que-

dó á solas con Clotilde, con su conciencia y con las memorias de su niñez.

Ya en los dinteles del sueño, todo su pasado desfiló por su alma: el tugurio de la calle de la Puente, donde vió difunto á su padre, á aquel gitano querido que tuvo para él golpes crueles, injustos abandonos y caricias dulcísimas; á la noble Buñolera, amparo y refugio de su orfandad; sus primeros amigos—colilleros y apenas esbozados prosélitos del crimen—tránsfugas desde el hambre al robo y desde el arroyo á la cárcel;—recordó el día en que pujando y casi á arrastra fué conducido á casa de D. Lorenzo por la generosa gitana; recordó la carnicería de los Cuscurros, donde veía á diario á Clotilde; comparó el entreabierto capullo con la ya espléndida corola y... por fin, ya cansado de pensar y de dar vuelcos y más vuelcos en la cama, se quedó dormido.





V.

Quince días transcurrieron desde la llegada de Pepe. D. Lorenzo, después de dos ó tres de anormalidad en su método, tuvo precisión de meterse en cama á sudar una traición del solera. Pasada ésta, pensó bien que no era cosa de reincidir ni de continuar andando de acá para allá como panderetillo de bruja, y mucho menos cuando el huésped estaba á mil millones de leguas de sus gustos y de sus costumbres, siempre entre mocitos *baríes* de los de pelo en pecho, fervientes adoradores todos del blanco y del tinto, y hasta del vinagre de yema.

D. Lorenzo, que nunca fué hombre capaz de resistir más de dos copas sin someterla

debidamente al ritual católico, apostólico, romano, de tener una *tabarra* con un terne ni en cartulina, ni de decir «por ahí te pudras» á una mujer que no fuese la gloria de su casa, tornó al redil, impulsado primero por las persuasivas amonestaciones de la ya citada traición del solera, y después, por las rebeldías de su manera de ser: apacible, amante del hogar, del reposo y del Valdepeñas con agua.

Dejó, pues, de oficiar de *adlátere* innecesario con aquél cuya reputación congregó en torno suyo, desde su llegada, á todos ó á casi todos los que en esta tierra—la primera en el peligro de la libertad y en la producción de toreros maletas—rinden á los próceres de la tauromaquia culto tan ferviente como lo rindieran á Budha en los bosques sagrados de las orillas del Ganges y lo rinden en Medina los devotos del profeta guerrero al imantado zancarrón.

Pepe, que no quería que se tradujera en su exterior ni un reflejo de los rescoldos que le quemaban la sangre, esforzábase por aparecer alegre, jovial, feliz en la frase, oportuno

en el chiste y simpático en el decir; pero todos sus esfuerzos estrellábanse en el hipocondriaco humor que de él se había ido apoderando desde su vuelta á Málaga.

En vano sus amigos echaron el resto por sacarlo de sus cavilaciones; Pepe aburríase de su trato, de no poder—por no encontrar un pretexto—tirarle un mordisco á cualquiera; en muchas ocasiones quiso armar un *jollín;* pero aquellos con quienes tropezara no tenían el cuerpo para *broncas* y se inclinaron humildemente ante el déspota, y éste se vió en la necesidad de dejar en calma su dentadura hasta momento más oportuno.

Por su gusto, Cartucherita hubiera permanecido noche y día metido en su cuarto, respirando el aire de aquella casa, en el cual parecían ensancharse sus pulmones y esponjarse en misteriosas alegrías su espíritu oyendo de vez en cuando las canciones entonadas á media voz por Clotilde, que todos sus quehaceres los hacía entre tangos y soleares, y sin ver á su padrino, cuya presencia le llenaba de extraño malestar y de profundo desasosiego.

No obstante esta sugestión simpática de aquel hogar, sólo paraba en la casa el tiempo indispensable; á los pocos días de su llegada, á pesar de comprender lo poco razonable y lo poco respetuoso de su conducta, decidió permanecer lo menos posible entre aquellas cuatro paredes, martirio que se impuso por evitarse otro mayor, pensando sin duda, y pensando bien, que menor hubiera sido el de Tántalo á no permanecer junto á la fuente cristalina.

Como consecuencia de este martirio se le asomaron todas las negruras del alma al semblante, que, como ya saben los que nos leen, era de un tinte subido, y tan mal encarado andaba siempre, que á la Señá Teresa se le iban y se le venían la mar de veces las grandes ganas de preguntarle en qué parte de la persona llevaba puesto el cilicio.

—¡Ay, Virgen de la Pastora!—solía decir la anciana;—éste no es aquél; antes parecía el maldito unas castañuelas, y hoy es la estampa del Cristo de Azotes y Columnas.

Por regla general, Cartucherita almorzaba solo; levantábase sistemáticamente á las

tantas, cuando ya les dolían los huesos de moverse á los anfitriones; vestíase con prolijo esmero. Su indumentaria llamaba siempre la atención del pueblo soberano: camisas blanquísimas con ricas botonaduras, pantalón estallante en la cadera y amplio á lo largo de la pierna, ceñidor de raso, marsellés que dibujaba admirablemente el busto, zapatos de piel de Rusia y ancho sombrero cordobés, inclinado casi siempre con gachonería sobre la sien derecha.

Casi siempre, Clotilde, que bordaba ó cosía en el comedor cuando penetraba en él el torero, contestaba amablemente al saludo de éste, y amenizábale el almuerzo con su conversación, llena de gravedad y gracejo.

Cartucherita deteníase de vez en cuando, como para no perder ni una nota del ritmo de su voz, y quedábase inmóvil, entornados los magníficos ojos y en actitud llena de recogimiento, cual la de un creyente en oración, no sin que al advertir sus impensadas adoraciones, las rompiera de modo brusco, como irritado sordamente por su debilidad.

Algunas veces también quedábasele mi-

rando con fijeza Clotilde, y entonces era de ver cómo se movía Pepe, desconcertado y nervioso, cual si estuviera sobre alfileres, sin saber qué postura adoptar ni qué cara poner.

Apenas terminaba el almuerzo, levantábase grave y cejijunto, se colocaba el sombrero con ingénito aire de truhán, y salía, despidiéndose con acento apagado y sombrío.

A la hora de comer era distinto: congregábanse todos alrededor de la mesa; D. Lorenzo derrochaba toda la economía de frases que había atesorado durante mucho tiempo; Clotilde bromeaba, y Pepe, mediante un prodigioso esfuerzo, disimulaba sus melancolías, hasta que después de comer disolvíase la reunión, y cada mochuelo se iba á su olivo: D. Lorenzo á dar una clase particular, Clotilde á terminar sus quehaceres de mujer hacendosa, y Cartucherita á tomar el café con sus amigos.

La hora de recogerse para éste era variadísima, según los *empalmes* de las altas horas; esto decía él, y por regla general alumbrábanle en su camino los claros de la mañana, lo cual no sabía muy bien que digamos

á la Señá Teresa, que era la encargada de esperarle.

El día á que nos vamos á referir comieron solos Clotilde y Lorenzo; Pepe había ido á la estación á esperar al Inglesito, su primer banderillero, aquel amigo de su infancia que hacía tanto tiempo compartía con él la mala y la buena fortuna.

Gran rato antes de la llegada del tren salió como un tiro de la casa, y fué tanta su precipitación, que no pudo menos de decirle D. Lorenzo:

—¡Caramba! hombre, ¡qué impaciencia! ¡si falta todavía media hora!

—¿Qué quiere usté? yo soy asín; esa que viene es, después de las presentes, la persona que yo más estimo en el mundo.

. . . .

El tren llegó á la hora reglamentaria; el torero le aguardó paseando febril y nervioso por la vía, sin fijarse siquiera en la gente, que le contemplaba con casi místico recogimiento.

El desesperado silbar de la locomotora sacóle de su ensimismamiento, y pronto entre

los ajados semblantes de los que llegaban divisó uno bien conocido, y una voz que le era familiar resonó en sus oídos.

—¡Pepe!

—¡Juan!

Y Cartucherita y el Inglesito pusieron cátedra de abrazos en mitad del andén; ¡valiente achuchón se dieron!





VI.

Con arreglo á lo que Pepe le hubo de ordenar, hizo el cochero crujir el látigo sobre el poco turgente lomo del rocín, que arrancó al trote hacia la Alameda, la que flanqueó hasta llegar á la Cortina del Muelle.

—Chavó, ¿á dónde vamos? ¿se puée saber? —preguntó el Inglesito.

—Primero á comer, después á la fonda, y después á donde te dé la repotente gana.

Juan se encogió de hombros; era esta su manera de asentir á todo lo que disponía su superior jerárquico.

Representaba el primero algunos años más que el segundo; era alto, delgado, airoso, picado de viruelas y de cara vulgar, extrema-

damente vulgar, pero embellecida, por decirlo así, por risueña y simpática expresión. Vestía con la elegancia de su maestro, y sólo se diferenciaba de éste en el decorado, en la casi total carencia de joyas de gran precio.

Cruzó el carruaje el Muelle, lleno de paseantes y ociosos sentados en el parapeto; dejó atrás el Hospital Noble, de fachada rojiza y sombreado por viejos y copudos árboles; la Plaza de Toros; los bellos edificios de varia labor arquitectónica que se yerguen á lo largo del camino como engarzados entre yedras y entre rosales, y no se detuvo hasta llegar á uno de los ventorrillos que aún mantienen á media asta en nuestra tierra, el pabellón andaluz.

—Dos cubiertos como para dos hombres y dos botellas de torongil y corteza de cidra pá matar el gusanilo—gritó despóticamente Cartucherita.

El mozo, un truhán gracioso y macareno, al ver el *postín* de los recién llegados, repuso haciéndoles una profunda reverencia:

—¡Más vivo que un rayo!

—¿Hay ostras?

—¡Vaya! y que si no las hubiera, iba yo por ellas á la mar salada.

Ya solos en una habitación, sentados frente á frente y después de paladear dos copas del mejor tónico que dan las cepas de Chinchilla, díjo el Inglesito.

—¡Por vida de la Verónica, y qué ganitas tenía ya de verte, maestro!; sobre tó, después que recibí tu última carta, que yo no sé por qué me dejó amargor de boca.

—Pues mira tú lo que son las casolidades; si no te arrancas de por ti, te mando llamar, porque te necesito Juan, y lo más gracioso, es que yo no sé pá lo que te necesito.

—Pues me alegro de haber acertao; antier tarde estábamos en la Macarena, en cá del Tirano, Pepe Machuca, Chivatín, el Cascarrabias y yo, y se te mentó, no me acuerdo pa qué, pero pá algo bueno sería, como tú te mereces; y yo empecé á hablar de nuestras primeras escapatorias, eché á volar el pensamiento, y al echar á volar el pensamiento, dí en cavilar en lo que me decías sin querérmelo decir en tu carta y me acordé de... de que en la calle de la Amargura fué donde dió Cristo los tres

porrazos; y se me metió un bichito en la cabeza, y me desazoné y se me puso sobre el corazón venirme. Tú, ya sabes lo súpito que yo soy; asín fué, que me aseparé de los amigos, me largué á la casa, se lo dije á la Curra, que me tiró un mordisco de rabia que le dió, besé á los *churumbelillos*, salí de estampía, llegué al ferro-carrí, me farturé en gran velocidá y aquí me tienes, hombre, aquí me tienes, y ahora abre tú el pico, que ya te escucho.

—Pues tú verás... ¡chavó y qué cosita esta que me pasa, que no tié principio ni remate!... echa más vino á ver si el vino me ilumina.

—Vaya vino...

—Echa más... hombre, echa más.

—¿Pero tú crees que yo he venío pá jacer un trasiego?

—No, hombre no, es que tengo sé.

—¿Sabes tú lo que me está dando el corazón con tantas güertas y regüertas por los burlaeros?

—¿Qué es lo que te está dando el corazón?

—Ná... hombre... ná, bebe, y habla.

—Chavó ¿tiées prisa?

—¿Yo prisa? ¡pues si no tengo ná que hacer hasta Pascua de Navidá!; la prisa que yo tengo es por saber lo que á ti te pasa, por más que yo me lo sé ya casi de memoria, porque yo á ti te adivino.

—¿Tú?

—Yo, sí, yo, que al fin y á la postre tendré que decirlo.

—¿Pero tú que es lo que te crees?

—Yo creo lo que es, la fija, ¡asín de ángeles me vea asistío en la horita de mi muerte!; y tú no te atreves á decírmela porque te da *reconcomia* de enseñarme los trapos sucios que tú tienes.

—Yo no tengo ná sucio, y á mí nadie tiene que echarme ná en cara.

—Vaya si tienen, y si no ¿cuál es la *bicha* que de pronto se te ha enroscao en el corazón como me dices en tu carta?

—¿A mí? ¿Yo te he dicho eso?

—Sí, Pepe, tú, tú que estás empitonao y en pecao mortal; tú, que al darte de frente con la mujer de tu pairino se te ha encendío la sangre, ¡si te conoceré yo!, si en cuantito leí lo que me escribistes me comí la partía,

si es eso lo que tienes!: que sabes no puées jacer una partiita serrana á ese hombre, porque eso sería un contra Dios; si te has queao flaco y amarillo y con denteras desde la mala hora en que se te ocurrió volver por aquí y pisar la casa de tu pairino, que tiée que ser pa ti hermano gemelo de la Custodia.

—¿Tó eso me lo dices tú á mí?

—No, al moro Muza, ¡á quien ha de ser sino á ti!; á ti, que te falta voluntá y nervio macho pá salir de *pira,* y te sobra hombría de bien pá jacer una charraná; á ti que te ha dao miedo encontrarte solo, y cuando me has visto se te ha alegrao el alma, porque te has dicho con muchísima razón. Ya tengo á mi vera un hombre bueno, un amigo leal, pa que me estime, pa que me aconseje, pa que me ayude á portarme como quien soy, como un hombre de corazón y de vergüenza.

—¿Pero á ti quien te ha dicho tó eso?

—Un ciego en un romance; yo ya he roao mucho mundo, y he visto muchas cosas patas arriba, cuando debieran estar patas abajo, y no estoy *tarumba* como tú, y tú sabrás matar

toros mejor que yo, pero yo sé matar malas intenciones mejor que tú, y voy á matar las que tú tienes que son malas y más que malas.

—No, hombre, no, yo no tengo malos propósitos: las cosas se han roao porque sí, sin que yo quiera; mira, Juan, cuando yo vine traje puro y sin mancha el pensamiento, pero cuando vi á esa mujer, me pareció que me ponían una luz eléctrica en el alma, y me atosigué y me dió susto, pero me acordé que soy un hombre y un hombre agraecío, y encerré tó aquello que sentí en mi corazón y le puse llaves y cerrojos con mi voluntá, ¿sabes tú?, pa que ni ella se enterara, y no se ha enterao; pero, ¡ay Juan! aquello que encerré chiquito, se me ha convertío en un tigre que ahulla y se regüerve, y me martiriza por salir; y yo, yo tan y mientras que el jierro encendío de mi voluntá le pego, lo achicharro, lo arrincono, y asín seguimos, él, más grande, más rabioso, más desesperao cá día que pasa, y yo con menos fuerza y menos poer pa domarlo.

—Pues sá menester que lo domes, y pa eso

na mejor que poner tierra por medio, y ojos que no ven, corazón no quiebran; mañana mismo nos largamos con viento fresco, y no volvemos hasta el día que tengamos que trabajar, y mientras tanto matas el cosquilleo en Sevilla con la Brinquitos, que está por ti que brinca de gozo, y un clavo saca otro clavo, y no hay mal que por bien no venga, y aluego, cuando se te pase la turboná, vas á darme un beso de cuerpo entero que va á sonar en las ermitas de Córdoba.

—Ojalay pudiera irme, pero tú no sabes como yo quiero á esa mujer; mira, cuando la tengo elante y entorna los *clisos* y se me queda mirando como quien mira una estampa, se me quita el sentío, no pueo echar el habla del cuerpo, me ahogo como si estuviera subiendo una cuesta mu empiná, y no puées figurarte tú la saliva que trago pa que no me conozcan el sinvivir. ¡Ay, Juan! yo no sé lo que esa *gachí* tiée en su persona, que el aire en que ella respira huele á diamelas, y toito lo que mira lo alumbra como el sol, y en donde pone los piés nace el romero y la mejorana, y...

—Y el melocotón... y el chirimoyo... y el árbol de la sabiduría... vaya, hombre, que estás del tó.

—Déjate de *chilindrinas*, que no está el alcacer pá pitos ¡qué sabes tú!

—Lo que yo sé es que en cuantito no la veas se acabó lo que se daba.

—Si que quiera ó que no, la llevo conmigo como si fuera un relicario; si esto no es vivir, Juan, si esto no es vivir; si sólo de pensar que tengo que apartarme de su vera mú pronto, se me hace cisco el pecho; si yo ya no pueo vivir sin ese lirio del valle; si siento las bascas de la agonía cuando me dices que me vaya; si no puée ser, si yo ya no puéo irme, ni quearme, ni jacer una hombrá, ni jacer una porquería.

—¿Pero no ves ciego del sentío que por ahí no se va más que á un despeñaero, y que si no te apartas de ese querubín, que te ha hecho mal de ojos, lo más fácil es que te refales y si te refalas vas á merecer que te pongan la ceniza en la frente?

—Eso tampoco, hombre; si pá sacar agua del pozo sá menester la soga, y el cubo, y

quien tire; si esa mujer hace tanto caso de mí como del muelle de Cartagena.

—Déjate tú de infundios; esa mujer no la habrán traído de la luna, y será como todas, que no miran y ven, y repican y están en la procesión, y lo que á ellas se les escape que vengan y lo recojan; y que tú no eres un cualesquiera, y á las mujeres la nombradía se les sube al palomar, y tú, bien sabes que no lo digo por alabarte, pero tú ya eres más conocío que la belladona.

—No, hombre, tú tienes una venda en los ojos, tú no conoces á ese lucero de la mañana; es tan bonita como graciosa, y tan graciosa como honrá, y tan honrá como la Pura y Limpia, y aluego que tiene puesto sus cinco sentíos en su hombre, y hace mu bien; el pairino se lo merece, porque está jecho con agua santa y trigo candeal, y azúcar molida, y si yo me aterminara una vez tan siquiera á poner en mis ojos algo de lo que me jierve en la sangre, y ella lo viera, me escupía en la cara, Juan, me escupía en la cara.

—Déjate tú de cosas y de escupitinajos, ¡si conoceré yo la muselina morena!

—¿Sabes que me estás ya abroncando con tus malas ideas?; yo no caigo, ya te lo he dicho, ni yo caigo ni ella cae.

—Dios te oiga; pero ya verás como el querer sus da el empujón, y vais á estar rodando hasta que sus metáis de cabeza en el Purgatorio por malitos y por peores.

—Que no, te digo.

—Pues entonces, ¿por qué te viene el traje corto pá el *canguelo* que tienes?

—Lo que yo tengo no es *canguelo,* sino pena, y pena jonda.

—Está bien, hombre, ó mejor dicho, está mal. ¡Maldita sea la hora en que viniste!

—No tengas cudiao, no pasará ná, yo te lo prometo; mira, mañana comeremos allí y la conocerás, verás qué mujer, chiquillo.

—Estimando la fineza, pero no me lleves allí, porque en cuantito yo *file,* y ya sabes que tengo buena vista; pues, bien, en cuantito yo file que metes la pata, la meto yo hasta la ingle.

—Ya te guardarás tú de eso como de tirarte á la mar; pelearíamos.

—¿Pelear yo contigo? ¡quítate hombre, quí-

tate de ahí!; lo que yo hago, es que te cojo, te ato, te llevo preso á Sevilla y no te suelto hasta que se te quite la calentura.

—¿Se puede?—preguntó el criado, golpeando discretamente en la puerta.

—¡Y van tres! pasa, hombre, pasa, ¿cuándo está la comida?, ¡ni que nos fueras á servir en su tinta al negro Domingo!

—Perdonen ustedes, caballeros, pero los pollos, antes de morir, pidieron confesarse.

—A ver si te cojo yo una oreja, pícaro, y si te la cojo, vas á tener que ponerte una de piedra de Sierra-Elvira.

—El mozo vaciló entre la propina ó la fanfarronada, pero al ver el mal cariz del tiempo, optó por lo primero y empezó á concluir de arreglar los platos en la mesa, murmurando:

—¡Ya se ve que sí! lo que usté mande... de Sierra-Elvira...





VII.

El calor empezaba á dejarse sentir: el día á que vamos á referirnos, cinco ó seis días después de la llegada del Inglesito, era uno de esos de prueba en que el terral reseca la piel, las fauces y el cerebro, y hace crujir el maderamen de los muebles, y convierte los sótanos en mansión de los dioses y en tórridas sábanas los paseos y en hidrofóbicos los caracteres más apacibles.

Felizmente para el renombre climatológico de nuestra tierra, de estos días entran pocos en la estación, y pronto se establece el equilibrio, y las brisas del mar, saturadas de perfumes salitrosos y de frescuras deliciosas, pregonan, no á voz en grito, pero sí á su ma-

nera, las templanzas de esta región, donde, según el decir de sus hijos, están las sucursales del Paraíso terrenal.

El día á que nos referimos, en casa de don Lorenzo, como en todas, echaban chispas hasta las paredes; las ramas del árbol caían mustias sobre los hierros del balcón del cuarto de costura; el silencio lo invadía todo; en el patio, las flores inclinábanse sobre los resecos tallos; las prendas tendidas á secar aparecían blancas y rígidas; el gato amodorrábase en una penumbra y hasta el inquieto bandurrio de polluelos, aparecía inmóvil á la sombra de unas macetas de claveles.

Clotilde, fatigada por el calor, balanceábase con languidez en una vieja mecedora coetánea sin duda de Calomarde, con los ojos entornados, abanicándose con perezosa lentitud y dejando asomar en el monótono vaivén, los pies hundidos en modestas pantuflas marroquíes, entre las blancuras de los bordes de las enaguas.

Pensaba en Cartucherita;—¡qué hombre más raro!—decía mentalmente;—ó es un tonto con muchos bichos en la cabeza ó es un

gañán. Nosotros no podemos tener con él más atenciones; el pobre Lorenzo se desvive por complacerle, yo por complacer á Lorenzo, y Teresa por complacernos á todos; aquí no se habla en alta voz y estamos aguantando el resuello, mientras él duerme las *turcas* que todas las noches se trae, que son de no te menees; aquí, echamos toda nuestra calor natural por adivinar los platos que más le gustan; aquí, cuando habla, no pestañeamos, como si estuviera hablando el Papa desde un púlpito; aquí, no hay más Dios ni más Santa María que su real persona y—sin duda, se ha creído que todo se lo merece por su bella cara y por sus gallardas hechuras, y suelta las palabras como si fueran billetes del Banco, y para que sonría, es menester que haya terremoto y se salga el río de madre, y que llueven chuzos de punta, y que baje del cielo el Espíritu Santo y...

—Buenos días—dijo Cartucherita, penetrando en la sala.

—Muy buenos, Pepe—repuso Clotilde, adoptando más comedida postura.

—¿Y el pairino?

—Salió; tardará poco, pero llamaré á Teresa; ya es hora de que almuerce.

—No, no la llame usté.

—¿Por qué?

—Porque no tengo ganas de tomar ni aliento.

—Hombre de Dios, ¡si son las tantas!

—A pesar de eso, no la llame usté, ¡estoy malo!

—¿Qué tiene usted?

—¡Qué se yo!... el cólera... el tifus... una pulmonía fulminante.

—¡Virgen Santísima! ¡será menester avisar á la Funeraria!

—Eso, eso es lo que yo necesito, ¡la Funeraria!

—¡Qué fúnebre! pero, ¿qué es lo que usted siente?

—¿Qué es lo que siento? mucha calor, y... mucho frío, y... mucha sé, y... muchas ganas de tirarme á la mar de cabeza.

—Eso se llama, mal humor; son las heces del vino; verá usted como en comiendo algo se le quita.

—¡Comiendo! sin comer y sin beber y sin

dormir y sin respirar, es como puede quitárseme.

—Y luego, todo eso será una poca de jaqueca, ¿verdad?

—Sí, jaqueca.

—O aburrimiento.

—Sí, aburrimiento... en fin, señora, hasta después.

—Pero, tome usted siquiera una taza de caldo.

—Muchas gracias, no quiero, me voy.

—¡Jesús, hombre! parece que esta casa tiene para usted púas de puerco espín; está usted siempre rabiando por coger la puerta.

—¿Yo? ¿por qué dice usté eso?

—¡Hombre! ¿por qué ha de ser? porque pára usted aquí menos que una golondrina en un tejado.

—Pero, ¿aquí hay alguien que se entere y lo sienta si yo me muero y me pudro y me llevan al Camposanto?

—Hombre, hombre, hombre, ¡con que esas tenemos! ¡pues naturalmente! si usted se muriera nos enteraríamos y lo sentiríamos

con todo nuestro corazón. Ya casi, casi, me voy convenciendo de que tiene usted calentura.

—Pues que le conste á usté... que sí, que tengo calentura.

—De lo que me voy ya convenciendo es de que es verdad lo que ayer me contaron de usted.

—¿Y qué es lo que le han contao á usté de mí? ¿Se puée saber?

—Ya lo creo; que está usted loquito perdido por Rosarito Palomo.

—¡Quite usté, señora! á mí Rosarito, como si ná; no es santo pá que yo le rece.

—Pues la muchacha es una rosa de Alejandría, y muy buena, y muy hacendosa y muy mujer de su casa.

—Allí se quede para recreo de los suyos, que tengo yo Virgen mejor tallaita pá mis devociones mú dentro de mi corazón.

—Hola, hola, ¿y tan callado lo tenía usted? ¡con que esas tenemos!

—Pues bien, sí señora, esas tenemos; perdía la chaveta del tó, pero tan perdía, que si la Virgen Santa no lo remedia, remato como



el *Primo*, mordiéndome el pulpejo por esas calles.

—¡Qué desgracia! ¡Jesús, qué desgracia tan grande! y, ¿quién es ella?

—No la conoce usté, vive lejos, mú lejos de aquí.

—¿Y es buena?

—El delirio.

—¿Y bonita?

—Un pasmo.

—Entonces, no veo razón para que usted se desespere; la cosa está muy clara: ella es un delirio de buena y un pasmo de bonita, pues se lo dice usted; ella da su consentimiento, se casan ustedes, nosotros somos los padrinos, usted alegra esa cara de día de difuntos, y á vivir y á ser muy dichosos.

—¡Qué cuentecillas más galanas!; pero eso no puée ser; entre esa mujer y yo ha puesto la negra fortunilla toita una paré maestra.

—¡Ah!... eso es harina de otro costal... usted dispense, yo no quiero conocer sus secretos si eso es así, lo mejor que hace usted es echar la ganchada por otra parte.

Clotilde dijo esto de modo brusco, borrando

la sonrisa de sus labios y mirando á Cartucherita con ojos llenos de indagadora gravedad.

Él inclinó los suyos con el semblante pálido y repuso con voz trémula:

—Por eso le he dicho á usté que estoy más loco que un cencerro; en fin, me voy, que el Inglesito estará ya cansao de esperarme.

Clotilde le dejó ir y cuando hubo salido, quedó profundamente pensativa. La conversación del torero habíala arrancado de sus confianzas y de su indiferentismo; aquella *paré maestra* á que aludió Cartucherita, la puso en cuidado, no era para menos; cuando habló de aquella obra de mampostería, lo hizo demudado, con temblores de voz y mirándola con avaricia.

Su pensamiento se lanzó por las rápidas pendientes de la conjetura, y sabe Dios á dónde hubiera ido á parar á no interrumpirla la Señá Teresa.

—¿Qué le pasa á ese bala perdía que se ha ido sin almorzar?—preguntó la anciana.

—¡Qué sé yo!... dice que está echadillo á perder.

—¡No es mala enfermedá la que tiene!, menester es que se vaya poniendo en cura y que se lave la consencia, que no la debe de tener mu limpia.

—¿Qué quiere usted decir con eso, abuelita?

—Que me está dando mal vagío ese hombre, y malo es que á mí se me meta una cosa entre ceja y ceja.

—¿Y qué se le ha metido á usted en ese sitio?

—Ná, una cosa que me subleva la sangre.

—Clarito, Señá Teresa, clarito; cuando usted dice eso, por algo será.

—Pues ya se ve que sí, que es por algo; pero pudiera ser también que yo tuviera telarañas en los ojos, y yo no digo esta boca es mía, en tanto y cuanto yo no pueda soltarle con sobra de fundamento, á quien yo me sé, las cuatro verdades. ¡Se necesitaría tener malas tripas!

—Mire usted, Señá Teresa, hable usted claro y me hará usted un favor.

—Pero, ¿es que usté no se ha enterao de ná?

—¿De qué quiere usted que me haya enterado?

—Pero, ¿usté está en el Limbo como los niños llorones? ¿usté no ha visto ná con esas dos estrellas de la tarde que Dios ha puesto en su cara?

—¡Anda, salero!... ¿qué quiere usted que haya visto?

—Lo que yo, que hay un hombre que me tiene frita, que cuando piensa que nadie se entera, se la come á usté con los ojos.

—¿A mí? usted ve visiones; á mí, ¿quién?

—El que menos debía hacerlo si tuviera conciencia, Cartucherita.

—¡Vaya! usted está loca.

—¡Qué loca, ni qué ocho cuartos! Cartucherita, que está por usté que no vive; ¡si no hay más que abrir los ojos cuando está á su vera! si cuando usté lo mira por casolidá, se pone como difunto; hier tarde, cuando usté estaba leyendo al lado de la luz, hizo como que se iba á su cuarto, y ¿sabe usté lo que hizo?; pues plantarse en el corredor como si estuviera embalsamao, pá mirarla á usté sin que nadie lo viera; en lo que no se

salió con la suya, pues yo lo estuve acechando desde la cocina, y allí estuvo jartándose á lo pavo de recrearse en usté con las niñas de sus ojos, hasta que se levantó don Lorenzo y entonces ¡pum! se metió como un tiro en su habitación.

Eso fué anoche, que de estas cosas pudiera yo escribir un libro. Sin ir más lejos, antes no se apartaba de esta calle ese *pelma* de Manolito Gómez, ese guasón á quien ha tenido usté que mandar un puñado de veces mucho noramala, ¿no es asín? bueno; pues ¿por qué no asoma por aquí ahora la jeta?; pues no la asoma, porque el excelentísimo señor don José, al tercer día que se lo encontró mirando á los balcones, se hizo el distraído y le dió tal achuchón, que por poquito lo manda á Totalán; Manolo, que no es blando, se fué pa Cartucherita, comiéndose la dentadura de rabia, pero el otro lo trincó por un brazo, le dijo que se callara y allá se fueron juntos, y lo que pasó ó lo que no pasó, eso yo no lo sé; pero desde aquella tarde Manolo debe haber emigrado á la República Argentina, ó al Brasil ó á la tierra de los Papamoscas.

—Pues mire usted, Teresa, todo eso es para mí más nuevo que el primer vestido que me compré.

—¡Toma! eso ya me lo sé yo de memoria; pero eso no quita que ese tunante se haya creído que to el monte es orégano, y yo se lo digo á usté de corazón; yo quería mucho á Pepe, pero desde que lo he visto por dentro, me he echao sal en la mollera.

—Pues mire usted, por sí ó por no, voy á ver si consigo que Lorenzo diga á ese hombre, de buena manera, que se vaya con la música á otra parte.

—Eso es hablar en plata, pero no es la cosa muy fácil, que digamos; siempre da Dios vista á quien menos la ha menester, pero en fin, nunca está demás eso.

—¡Vaya si no está demás!; en cuantito venga lo pongo entre la espada y la pared, y veremos por dónde salimos.

—¡Es más güena que pan bendito! —murmuró la vieja sirvienta, saliendo de la habitación, más alegre que había penetrado en ella.

Clotilde, por el contrario, quedó honda-

mente preocupada; su pensamiento, sugestionado por aquella imprevísta preocupación, dedicóse á edificar con los materiales dispersos que para ella habían pasado inadvertidos hasta aquel día, la convicción de sus conjeturas; descorridos los velos, pudo explicarse muchas cosas que antes juzgó extravagancias y manías, y de tanto cavilar se le cansó el cerebro, y la quietud, el silencio y el calor, la hicieron traspasar pronto los límites de la vigilia y sumergirse en las plácidas regiones de los sueños.

Cuando D. Lorenzo penetró, una hora después, en el comedor, Clotilde dormía, y en sus labios vagaba una á modo de mal disimulada sonrisa.





VIII.

Los pasos de D. Lorenzo despertaron á Clotilde, que se incorporó con la frente ligeramente fruncida.

Impresionada por aquel descubrimiento imprevisto, no había dejado de cavilar; en los instantes que precedieron al reposo, en esos limbos fantásticos en que se ven las cosas con más lucidez, en que la enervación del organismo deja en más noble libertad al espíritu, había vuelto á recorrer las etapas que cruzara indiferente sin fijarse en los chispazos de la ignorada hoguera; y al tornar á recorrer dichas etapas, recogió muchos detalles, recordó cómo en múltiples ocasiones había sorprendido á Pepe mirán-

dola con voluptuosa fijeza, se explicó sus brusquedades, su abstracción, sus profundas melancolías; aquel hombre andaba peleando con su corazón á brazo partido, y esto había agriado su carácter; aquel era, sin duda, el secreto que no se atrevió á confesar; no había abierto la puerta, pero la había entornado ligerísimamente para que por la rendija brotara un rayo del incendio que dentro hacía explosión.

Era preciso adoptar una determinación que pusiera dique al torrente; alejarse de aquel árbol del manzanillo, donde puso el destino mágicos matices y envenenadas penumbras; era indispensable cortar por lo sano, plantar en *la del rey* al enemigo; se lo imponían sus deberes de mujer sin tacha; pero ¿cómo decir á Lorenzo: —Mira, es necesario que tu ahijaíto de tu corazón coja sus bártulos, largue la vela y ponga rumbo á otras playas?—Lorenzo pediría explicaciones, y ¿qué explicaciones, qué explicaciones le iba á dar? No era cosa de decirle: —Es menester que se vaya, porque se me antoja que me mira con una miajita de mala intención; decir esto

sería ineficaz y ridículo, profundamente ridículo.

Al ver á Lorenzo se aprestó á entablar la lucha, y á ello animóla la Seña Teresa, que penetró en la estancia guiñándole el ojo, y se puso, haciéndose la distraída, á quitar el polvo á los muebles.

Su permanencia en el cuarto no tenía nada de particular en aquella casa, donde era considerada como parte integrante de la familia.

—Tienes cara de mal humor—dijo Lorenzo á Clotilde, desabotonándose el chaleco para respirar con más desahogo.

—Así, así.

—¿Y se puede saber la causa de que ese cielo tan bonito esté nublado?

—¿Para qué te lo voy á decir? ¿Para que digas que son tonterías y te salgas una vez más con la tuya, sólo por el gusto de darme en la cabeza?

—Para salirme yo con la mía necesito hacer tu gusto; conque, vamos á ver, abre esa clavellina y dime lo que te pasa.

—No; ¿para qué?

—Vamos, no seas niña, ¿qué es lo que ocurre?

—Pues... ocurre que no se puede ya aguantar lo que está pasando con tu dichoso torerito, el cual se ha creido, sin duda, que esto es el Parador de la Corona, y todas las noches tiene á la pobre Teresa en un pie, como las grullas, hasta que Dios echa sus luces, esperándolo, para luego venir á gatas, y eso no está medio decente, ni nos hace favor, ni lo puedes tú consentir, ni lo quiero yo tolerar.

Esto lo dijo Clotilde con voz enérgica y vibrante, y Lorenzo inclinó la cabeza como desorientado por aquella descarga cerrada.

—Tienes razón; ya se lo he dicho varias veces, y me ha prometido la enmienda,—repuso en voz queda.

—Y ha sido peor el remedio que la enfermedad, y esto no puede seguir así.

—Pero mujer—dijo con tono suplicante Lorenzo,—ten una poca de paciencia; es un mal sistema, sin duda, pero es su medio ambiente, el medio educativo en que se ha hecho hombre; no obstante, yo le volveré á repren-

der seriamente, y tú, que eres bondadosa, debes, siquiera por mí...

—Pues ¿por quién vengo aguantando carros y carretones desde hace un mes sino por ti?... ahí tienes á la pobre Teresa, que no hace una hora me dijo que de continuar Cartucherita haciéndonos sufrir las consecuencias de su medio educativo, como tú dices, dentro de una semana está en el camposanto.

—¡Vaya un tupé!—murmuró la anciana sirviente, que seguía disimulando su estancia en el aposento sacudiendo el polvo á las sillas.

—Pues escucha: todo puede arreglarse sin disgustos y sin que pase Teresa más ratos malos; todo consiste en que demos á Pepe la llave de la puerta, y así podrá venir, sin incomodar á nadie, á la hora que tenga por conveniente.

—Eso es, y una noche viene á cuatro pies y deja la puerta abierta, y ¡como si estuviéramos durmiendo en el boquete del muelle!

—Eso es pintarlo todo con negro de humo; ya se te pasará la mala hora y reflexionarás con más calma, y verás cómo no es justo lo

que me exiges. ¿Cómo quieres que le diga que se vaya?

—Pues como se dicen esas cosas: con la boquita; ¡estamos frescos!; cuando se vive en una casa que no es la propia, nadie se porta así.

—Pero, mujer, ¡por Dios! ¿qué es lo que te ha hecho el muchacho para que le tomes tanta ojeriza?

—¿Te parece poco?

—Poco no, menos todavía; hoy te has dejado la razón debajo de la almohada.

—Lo que tú quieras; siempre te has de salir con la tuya; en fin, tú lo dispones, y por mí que se queden las cosas como están, hasta que San Juan baje el dedo.

—Verás, verás como después, cuando pase la nube, te alegras de que no hayamos cometido una mala acción.

La Seña Teresa, con la boca más fruncida que de costumbre, retiróse dando sueltas á la indignación que le hervía en el cuerpo.

—Mientras más buenos, más brutos—dijo; —por eso me gustan los hombres largos, que se pierdan de vista, y no estos santos burri-



ciegos y sin *tracamandanas;* ¡válganos la pollinica!; y ella no puede hacer más, porque no le va á poner á su marido un puñal en el pecho pa que eche al otro á la calle; y estoy casi segura que si yo le dijera los motivos, si yo me aterminara, me mentaba la madre y me daba pasaporte.

¡Luego dicen que si las mujeres semos ó no semos, teniendo ellos siempre la culpa de lo que nos pasa! Y si no, si aquí ocurre algo, que puede ocurrir, ¿quién tendrá la culpa?; el ama es mú retegüena, pero tiene la sangre moza y ojitos como soles pá ver y medir y comparar, y las mujeres no semos de piedra berroqueña, y yo quería mucho á mi difunto, ¡vaya!, y á pesar de tó mi querer, el tunante de Berrinche, su compadre, por poquito se la da con pan y queso, y gracias á que yo me quité el vestío cuando ya me ardía el jarapo.

Y eso que mi difunto no era miope, y se anduvo tó el camino de pronto, y le soltó al goloso una bofetá que sonó como una salva, y si no hace aquéllo, no nos vale ni la virgen de Belén, pues cá vez que me miraba aquel

maldito hombre se me emberrenchinaba tóa mi persona; pero mi difunto era mú vivo, y este pobrecito de mi corazón es tonto desde tres meses antes de nacer; en fin, ya veremos lo que pasa, y tan y mientras fregaremos los platos, ¡qué lástima de almuerzo!; casi siempre pasa igual, lo primero que cierra el querer es el pico...; y si aquí pasa algo, ¿qué hago yo?; pero no, no pasará, porque ella es de oro de ley...; pero y si..., entonces..., entonces sí que yo me vería entre dos escopetas montá; podía ese hombre haberse quedao en Valencia con su Lola; ¡tan tranquilos y tan á gusto como estábamos!; hasta que ese pantasma de Manolito Gómez no parezca por aquí, es de mal agüero; en donde está el tigre no ahulla el lobo.

No, pues lo que es yo no dejo la garita, y voy á dormir como las liebres, con los ojos abiertos, y á la estrella de la mañana le doy el quien vive, y al que se escurra el canto de un pelo le digo cuantas son dos y tres...; como que eso sería una judíada, y el que no es agradecío no es bien nacío...; pero también puée ser que Cartucherita se ponga mordaza,

y entonces no hay que echar por la calle de enmedio, porque eso del querer no se puée remediar...; ¡cómo que se nos cuela sin sentir!; en fin, allá veremos, y si empieza á llover, sacaremos la sombrilla pa que no se moje quien no se lo merece.

Y la Señá Teresa, después de su soliloquio, pareció quedar más tranquila; desfrunciósele un tantico la frente, y hasta se permitió el lujo de canturrear á media voz algo que lo mismo podía ser guajira que gallegada.





IX.

Desde el día en que se descorrieron los velos, parecía haberse congelado el ambiente en la casa-escuela del barrio de Perchel; algo frío y desapacible respirábase en aquel recinto un tiempo oreado por las auras del amor y del bienestar. Clotilde había perdido la dulce placidez y la grave confianza con que antes departiera con el huésped; rehuía toda ocasión de encontrarse con él á solas, y cuando la casualidad ó las exigencias del método de vida colocábala frente á su enamorado, turbábase, no sabía dónde poner los ojos y vibraba su acento seco y agresivo, cual si se parapetara en su acritud para impedir todo avance al adversario.

Cartucherita habíase convencido de que su secreto ya no lo era para la mujer amada, y sentíase lleno de remordimientos y al par de júbilo. Parecerá esta última afirmación convencional y acomodaticia y sin embargo, era así; se necesitan supremas delicadezas de alma para saber gustar las voluptuosidades del dolor ignorado; el alma del torero, noble y ruda, no poseía, no obstante, la exquisita sensibilidad de la de los mártires del amor, porque el amor, igual que todos los fanatismos, tiene sus mártires, como tiene sus réprobos y sus bienaventurados.

Pepe, al comprender que la mujer querida no era ya extraña á sus profundos sufrimientos, sintióse más sereno y más fuerte para la lucha, y ésto, sin que le acusara casi su conciencia, pues no había aventurado una sola frase que le hiciera sonrojar; él había hablado de un amor infinito, es cierto, pero interponiendo entre él y Clotilde, á modo de impenetrable arcano, una tercera persona, que lo mismo podía ser una realidad que un fantasma.

Así pasaron los días; D. Lorenzo, que no

vivía ajeno á aquellas tiranteces de relaciones entre los seres queridos de su corazón, andaba desazonado, haciendo lo imposible por dulcificarlas. La Señá Teresa no quitaba ojos de Pepe ni de Clotilde; pero en honor de la verdad, justo es decir que la anciana en aquel corto período, pensó más de una vez, algo despistada por la actitud de los interesados, que había ido más allá de lo razonable en sus suposiciones.

El Inglesito, desde el día en que lo presentó Pepe á la familia, ganóse, sin hacer antesalas, las simpatías de todos, con su carácter jovial y dicharachero, y los visitaba diariamente, con su cuenta y razón, por lo que él se decía á sus solas:—«Si estoy á la vera del bicho, poco he de poer si no lo saco á los medios, y vivo tiée que andar pa cogerme desprevenío, que no me cogerá, pues pa eso me ha dado la divina Proviencia mucha pupila y poco párpado.»

Lleno de confianza en su poco párpado y en su mucha pupila, abandonaba el Inglesito el estudio de los detalles y no sabía deletrear

siquiera en el gran libro de las cosas imperceptibles.

Si hubiera aplicado el microscopio en vez del anteojo ecuatorial, habría sorprendido extrañas anomalías y misteriosos contrastes en Pepe y en Clotilde, mal disimulados estremecimientos cuando la casualidad los unía un punto, intensas palideces en el primero, rápidos sonrojos en la segunda, intemperancias, brusquedades inoportunas, ora discreteos enconados y ora dardos aceradísimos vestidos de sonrisas, toda una tempestad naciente, en fin, que empezaba á desatarse en sordo tronar y en mal reprimidos relampagueos.

***

Clotilde, desde el día en que se enteró del estado del espíritu de Cartucherita, desde que arrojó la primera mirada lúcida sobre aquel nuevo panorama, sintióse herida en su noble orgullo de mujer honesta, y ensoberbecida por lo que consideró un ultraje, en vez de

entretenerse en ahogar en indiferentismos aquel afecto, dedicóse colérica á extinguirlo á latigazos, sin pensar que el dolor es el oxígeno de las grandes pasiones y que el martirio las vigoriza, como el reposo las hace desfallecer.

Se acostumbró á dar suplicio al torero, y algún tiempo después de puesta en acción aquella táctica contraproducente, advirtió que cada vez que le asestaba un golpe, repercutía éste en su corazón con vagas y dolorosas sensaciones y poco á poco aquel huésped enojoso fué aposentándose en el cerebro y allí lo tenía constantemente con sus enérgicas formas de atleta reducido, su mirada centelleante y dulce, su dentadura blanquísima y su aire lánguido y como lleno de inextinguibles tristezas.

Cuando se acostaba no podía pegar los ojos; hacíase, no obstante, la dormida para no inquietar á su marido, y entretenía sus insomnios dejando vagar á sus anchas el pensamiento, aquel estúpido pensamiento suyo, que después de trazar sistemáticas ondulaciones por nuevos horizontes, concluía

por posarse siempre en un mismo punto: Cartucherita.

Así pasaba las horas: la una, las dos, las tres,—¡cuidado con el hombre!; aquello era un desorden, un escándalo, estarse hasta las tantas con cuatro *perdis* y cuatro mujeres de á ochavo la docena. Tal vez lo hará por dar al olvido su quebradero de cabeza,—decía— pero para conseguir eso hay otros medios más dignos, y sobre todo, que cuando se quiere de veras á una mujer todas las demás están de sobra, lo que me sucede á mí con Lorenzo, que todos los demás hombres... Jesús, ¡qué cosas se me ocurren! es natural, estoy loca, ese hombre me tiene achicharrada la sangre, y lo tengo siempre presente como un dolor, y como un sinapismo y como un tiro que le den.

Lo cierto es que no quedaba tranquila hasta sentir abrirse la puerta de la calle y los pasos del torero en el corredor; entonces era cuando el sueño entornaba sus ojos, aunque no por esto dejaba de ver á aquel hombre, sólo que entonces le veía, no tal como era, sino embellecido por el sueño; parecíale oir

de sus labios desconocidos cantares y ardentísimos arrullos, y sentíase estremecer toda, bajo las centellas de su mirada, que más que mirada era una caricia infame de luz y de fuego.





X

Entre las pocas amigas de Clotilde era la preferida Leocadia, una chiquilla casi, una morenucha pequeñita, esbelta, de cara agitanada, de ojos hermosísimos y con todita la gracia de Dios en su persona.

Al regresar ésta del campo, donde había permanecido algún tiempo, su primera visita fué para la mujer del profesor; al hacer la visita dióse por invitada á comer, y pronto se notó su presencia en el destartalado edificio, pues tenía la muchacha vivacidades de pájaro, la alegría vinculada al corazón y la risa á los labios, y daba gusto verla recorrer la casa de arriba abajo y de abajo arriba sin más objeto que dar expansión á su febril

actividad, alegrándolo todo con su constante reir, con sus bromas y con sus cantares.

Cuando Clotilde la presentó á Cartucherita, quedóse como embobada mirando á éste, y gritó con casi infantil alborozo:

—¡Calle! ¡Cartucherita! ¡El famoso torero! ¡qué gusto! ¡yo no le conocía más que por las cajillas de mixtos!

Todos rompieron en risas y Leocadia se turbó; no obstante lo cual, no dejó de mirar á Pepe con descarada fijeza, durante todo el tiempo que estuvieron reunidos.

Cuando quedó á solas con su amiga, dijo á ésta:

—¿Sabes tú que es un real mozo? ¡vaya unos ojos! ¡son dos tiros á quema ropa! ¿va á estar aquí mucho tiempo?

—No sé—repuso Clotilde con voz ligeramente acre—cuanto más pronto se vaya, mejor; eso es un trueno.

—Pues mira, nadie lo creería, parece tan formal.

—¡Fíate del agua mansa! ese hombre está empedrado de vicios, y no sale nunca de los salones del *Bulto* y de la *Goleta*, de pintar la

cigüeña con cuatro chulonas y cuatro tiestos, y milagrito es el día que no viene con una *peana* más grande que un retablo.

—Mujer, si esas son cosas de hombres y, sobre todo, de toreros; si se acostara al anochecer y bebiera cocimientos de malvas y no tuviese afición á las buenas mozas, no podría ser ni mono sabio siquiera.

—No estás en lo firme; se puede ser torero y no ser un andrajo; luego, si sacara algo de esos burdeles, menos mal; pero, ¿qué es lo que saca? Levantarse ojeroso y con el negro subido, tirar el dinero y sentar plaza de gurripato entre cuatro gorrones y cuatro suripantas.

—Oye, ¿en qué parte de tu cuerpo es donde te ha tirado el bocado Cartucherita?

—¿A mí?

—¡Pues si parece que te ha mordido y que te ha mentado la madre, según lo tratas!

—Ya nos guardaríamos mucho, él de hacerlo y yo de consentirlo; lo digo, porque tanto Lorenzo como yo sentimos sus malos pasos.

—Yo no digo lo contrario, ¡claro! lo que

hace está mal, en un término medio consiste la virtud; pero esas son cosas de que se corrigen los hombres; ya, ya verás tú cómo cuando yo tenga con él alguna confianza le predico un sermón, que ni los del padre Manterola.

—Ten tú cuidado con no meterte en camisas de once varas, porque pudiera salirte respondona la mula.

—¡Quita allá! en cuanto le predique yo una vez, lo dejo más suave que una gacela y más manso que un cordero.

—Pero, chiquilla, ¡qué de repente te ha entrado el deseo de meter á Pepe en cintura!

—Es que el hombre es la mar de simpático y muy real mozo, y no estaría esaborío que á ese gitanazo lo amansase mi personilla.

—Niña, que se te van los pies; vaya yo á tener que atarte corto; Cartucherita es ave de paso, y aunque esté forrado de terciopelo, es una zarza mora y, además, que está dejado de la mano de Dios por una trianera.

—¡Pues no me gusta á mí nada aquello de que el que va á Sevilla pierde su silla!

Y diciendo esto, dió media vuelta, repique-

teó los dedos y salió de la habitación cantando:

Son alguaciles mis ojos
que han de meterse en *chirona*
con llaves y con cerrojos.



Clotilde quedó sombríamente pensativa y con la frente reclinada sobre la vidriera del balcón; el fresco del cristal le era grato, la conversación de Leocadia habíale encendido de cólera; ¿por qué?, no lo sabía; tal vez por temor de que aquella atolondrada cometiese una ligereza; en medio de todo, la muchacha tenía razón, si Pepe le gustaba, ¿por qué no había de hacer por enamorarlo?; estaba en su derecho y tal vez lo conseguiría; era Leocadia muy graciosa, pero, ¡y si el torero cometía una barbaridad!... no, no la cometería, aquella casa tenía que ser para él más sagrada que un templo.

Si se encaprichaba con su amiga, mejor y mejor, remedio santo; entre que se casara

con una cualquiera ó con Leocadia, preferible era lo último.

No obstante sus razonamientos, esta idea no despertaba en ella gran entusiasmo y sí extraña inquietud y sordas irritaciones; pensó que, al fin, de aquel modo, podría modificarse la situación; indudablemente debia favorecer los planes de la muchacha, á pesar de su disgusto.

—Sí, sí, debo hacerlo, debo hacerlo—dijo con voz colérica—debo hacerlo y lo haré.

Cuando aquella tarde, Leocadia, muy peripuesta, echándole los brazos al cuello, la besó zalameramente en las mejillas, le dijo:

—¿Sabes una cosa? Lo que me hablaste esta mañana me ha hecho pensar que no tendría mala sombra que cambiaras el santo de la devoción de Pepe.

—Ojalá, porque el mozo me gusta hasta allí; pero me parece que no está el alcacer para pitos, ni para tafetanes la Madalena.

—¿Cómo has cambiado tan pronto de opinión?

—Porque he tirado un tiro y me ha dado gatillazo.

—¿Cómo ha sido eso?

—Pues verás tú; hace una hora, estaba Pepe en su cuarto; yo lo había visto entrar en él, y dije para mi pañuelo de mallas:—Si tiene sangre en las venas, voy á hacer que salga y que me diga cuatro cosas bonitas. Dicho ésto, me planté en el corredor y canté dos soleares capaces de pacificar á Cuba; pero hijita, ese es peor que un mambí, pues canté y como si nada, como si hubiese cantado un grillo; ni siquiera asomó la gaita.

—Estaría dormido.

—Como tú y como yo; estaba la puerta de su cuarto entornada, y al pasar miré de reojo y lo vi muy repantigado en la poltrona y con los ojos de par en par, contando los mosquitos, ¡con que ya ves, que la cosa no promete!

—No seas niña, no se ganó Zamora en una hora; esta noche te cantará otro gallo, prepárate á sacar á relucir todas tus habilidades, pues tendremos un ratito de broma en la Caleta. Lorenzo no quería, pero el Inglesito, que es una pata que se le cayó al demonio, se ha empeñado, y cuando él se em-

peña, ya se sabe, no hay más remedio que darle gusto.

—¿De verdad? ¿Y quiénes vamos á ir?

—Pues, Lorenzo, Pepe, el Inglesito, Luisa la confitera, tú y yo, tres y tres, para que nos arrullemos como las tórtolas, si nos da la gana.

—¡Y que no me gusta á mí eso!, y ¿habrá vino?

—No, leche de perlas y limonada purgante.

—Guasona, y ¿á qué hora iremos?

—A las ocho en punto.

—Oye, ¿y qué vestido te parece que me ponga?

—Oye, el de pelmazo que eres.

—Perdona, mujer, no te incomodes; en fin, yo me voy á preparar mis trapos del día del Corpus, á ver si consigo atorrullar á ese maleta.

Cuando Clotilde quedó á solas, sonrió alegremente, recordando el chasco que Leocadia había llevado cantando soleares para soliviantar á Cartucherita.

Esto la llenó de alegría: no se metió en buscar la causa, la llenó de alegría por lo

mismo que la llenó de rabia que Cartucherita le hubiese gustado á Leocadia; los planes de la muchacha preñábanle el corazón de sordos despechos que en vano intentaba dominar.

Se metió en su cuarto tocador para arreglarse, y cuando se vió delante de la luna de su ropero, casi desnuda, con el cabello tendido en brillantes guedejas sobre las espaldas; el canesú de encajes con lazos azules, atersado por la dureza del seno; la correcta escultura dibujándose bajo la blanca tela; la tez sonrosada, los labios purpurinos, los ojos húmedos y luminosos; cuando echó una mirada sobre su imagen, fielmente reproducida por el terso cristal, y se vió tan gallarda, tan fragante, se acordó—¡oh, pensamiento loco!—se acordó de Pepe. ¡Si me viera así!—pensó, y una ola de sangre enrojeció sus mejillas y sintió un estremecimiento, pensando en cómo se estremecería el torero, al verla de aquel modo.

Quiso sustraerse á tales sugestiones voluptuosas, pero no pudo; al par que veíase en el espejo, parecíale ver á Cartucherita, sombrío y arrogante, apasionado y lúbrico, y asusta-

da de sí misma, como le ocurría siempre que se asomaba al abismo, se vistió atropelladamente, sin que por esto dejara de engalanarse lo suficiente para derrotar en buena lid á Leocadia y á Luisa la confitera.





XI.

Se detuvieron los carruajes; de uno de ellos bajaron Clotilde, Leocadia, Luisa y la Señá Teresa; del otro, D. Lorenzo, Cartucherita y el Inglesito.

Cada uno de los expedicionarios cargó con algo, uno con la bota pletórica de rico mosto, otro con la cesta de los fiambres, otro con la indispensable guitarra y allá fueron, en alegre bandurrio, hacia la orilla del mar, á la sazón bland ımente adormecido sobre la arena.

La luna des:acábase en todo su esplendor; las ondas fulgían cual laminada superficie de cristal llena de argentinos recamados y se fundían á lo lejos con el azul horizonte; con

monótono son golpeaba la ola en los suaves declives de la playa; veíanse plácidamente iluminadas la costa, las faldas de los montes que mueren rápidos en la polvorienta carretera de El Palo, y tras fantástico amontonamiento de copas de árboles, airosas cúpulas, caprichosas azoteas y esbeltos miradores de las villas de Reding, parte de la población salpicada de regueros de luces y de amontonadas siluetas, coronadas por el castillo con sus viejos murallones, perdido ya casi el legendario sabor con que nos lo legara la proscripción agarena, y por la antes formidable Alcazaba, hoy mole inmensa y sombría, huella miserable de ya extinguidas grandezas y de pasados poderíos.

¡Ay, Málaga! ¡Ay, Malaguita la bella! podrá tal vez el viajero, al abandonar tu recinto y al alejarse por entre los verdes y perfumados limoneros y naranjos de tus valles, renegar del polvo y del lodo de tus vías, de la pobre edificación de tus barrios, de tu alta sociedad, donde se modificó la rica sangre andaluza, al mezclarse con la de algunos de aquellos que trajo el acaso, la ambición ó la

necesidad, desde las brumas del Támesis, desde las ahumadas cervecerías de Sajonia ó desde los vastos territorios americanos; podrá vociferar, tal vez, de los que desde el Norte de la Península vinieron á enriquecerse, á oficiar de grande hombre de *pega*, de piadosos de guardarropía y á restringir la ya mezquina y más que mezquina protección oficial á tus artistas y á tus escritores, pero no podrá olvidar nunca, ni dejar de entonar un cántico en loor de la diafanidad de tu cielo, de la prodigiosa templanza de tu clima y de la hermosura de tus mujeres.

***

Pronto instaláronse los recién llegados, cerca. Los hombres no habían modificado su indumentaria, no así las mujeres; Clotilde ostentaba un vestido celeste de larga cola, mantón de merino blanco, pulseras de plata en los desnudos brazos, el alto seno velado por un pañuelo de crespón del mismo color del vestido, la rubia cabellera recogida en gracioso coco griego cruzado por brillante

pasador y el pie ceñido por diminuto zapato de Calcuta.

Leocadia había puesto marco deslumbrante á su figurilla, con una bata color de sangre, mantón de manila negro y grana; lucía en los dedos cintillos de oro—al parecer,—flores en la cabeza y en las orejas grandes arracadas.

Luisa, comparada con Leocadia, era lo que una yegua de Meklemburgo con una potranquilla árabe; una jaquetona de rostro agraciado y formas espléndidas, vestida casi como sus compañeras.

Luisa estaba de mal humor; el Inglesito, como poco aficionado á ver caras largas, tantas cosas dijo y tan agradables, sin duda, á la mocetona, que pronto empezó ésta á desarrugar la piel del frontis y á dejar ver destellar el sol de sus alegrías.

D. Lorenzo tenía el aspecto de hombre en vísperas de aburrirse; reconocíase allí como planta extraña, no sabía qué hacer ni qué pensar, y, cansado en los comienzos, sentóse lo más cómodamente posible, se apoyó luego sobre un brazo, extendió después las piernas

y pronto su espíritu, amante del estudio de todas las ciencias, abismóse en la astronómica y remontóse con Galileo y Copérnico por los espacios interplanetarios.

Cartucherita parecía metido muy dentro de sí; su semblante revelaba el estado de su ánimo; su inmovilidad delataba, por antítesis, los tempestuosos vaivenes de su pensamiento; de vez en cuando hacía por sacudir su preocupación y sonreía, pero en sus sonrisas asomaban sus siniestros perfiles la rabia y la amargura.

Leocadia, que á fuer de poderoso adalid habíase acercado á la casi inexpugnable fortaleza, abrió de par en par los ojos, á modo de hermosísimas paralelas artilladas, los puso en Pepe y le dijo con voz acariciadora:

—¿Está usted magnetizado? ¡Ay, hijo mío, que es usted la estampa del flato histérico! Alegre usted esa cara, que más tarde, cuando refresque el tiempo, echaremos el rosario.

—Tiene mucha razón Leocadia,—dijo Clotilde afrontando valientemente la mirada llena de reproche de Cartucherita,—aquí no

se ha venido á rezar, aunque casi debía usté hacerlo, porque tiene usté al lado una niña con la cara morena, que es una Virgen del Carmen.

—Dios te lo premie, Clotilde.

—Aquí lo que está haciendo falta es lo que yo me sé,—gritó el Inglesito dirigiéndose á donde estaba la bota.

Esta sufrió el primer acosón; todos estaban ansiosos de romper el hielo, y para conseguir esto, ya se sabe, nada mejor que el contenido de aquella gordísima y mugrienta señorona, que fué de mano en mano, hasta parar en las de D. Lorenzo, el cual abandonó un instante las montañas de la luna, para apurar un sorbito.

El banderillero, con la mano izquierda apoyada en la cintura, el cuerpo arqueado hacia adelante, los hombros subidos y el amplio sombrero sobre la siniestra oreja, dijo, dirigiéndose á Clotilde:

—Me han jurao que toca usté la guitarra de chipén, y como yo me canto como un ruiseñor, quisiera, si no es mucho peir, que usté me acompañara.

—Venga la guitarra y veremos si eso es verdad.

—¡Vaya! ¿verdá que yo soy un fenómeno cantando, Pepe?

—¿Qué dices?—preguntó éste distraído.

—Vaya, hombre, tú estás cazando mosquitos con escopeta.

—Calle usted, ¡pues si es el hombre más vivo, y más alegre y más zaragatero!—dijo irónicamente Leocadia.

—Dale vino y palique y verás cómo resucita.

Pepe, al oir estas palabras de la mujer querida, la miró con expresión semejante á la del encono, y haciendo un movimiento brusco, repuso dirigiéndose á su pareja:

—Sí, arcángel, deme usté vino, que voy á ver si echo á la mar esta guasa que tengo encima.

Leocadia le alargó la bota y él bebió hasta que el Inglesito hubo de interrumpirle, diciéndole al par que descargaba una mirada relámpago de reconvención sobre Clotilde:

—Para, hombre, para, que no es de la fuente de la *Mania*.

Clotilde, sin advertir la mirada del banderillero, empuñó la guitarra, y pronto resonaron melancólicamente sus cuerdas diestramente tañidas.

El Inglesito se templó por lo bajo, y ya satisfecho, echó la cabeza atrás, entornó los ojos y, con voz de timbre ronco y con estilo que no confirmaba por cierto aquel mérito de que alardeaba, cantó:

Ten cudiao, caminante,
de no cambiar el camino,
que Dios ha puesto el infierno
casi junto al paraíso.

Aquel cantar inició el jolgorio; desde aquél momento siguieron llenando la playa las armonías de la guitarra y de las canciones populares. Todos habían cantado menos Pepe y Clotilde; Leocadia, se hizo aplaudir en las soleares; el vino habíales dado á todos más exquisita percepción; Cartucherita, rompiendo la reserva de su actitud, pareció amartelarse con su compañera y la ena-

moraba vertiginoso, como si intentara recobrar el tiempo perdido, con rabiosa avidez, como torrente que se desborda, como sediento que ansía beber un río de un sorbo, y Leocadia, llena de estupefacción, estremecíase ante aquella avalancha de frases querellosas, de miradas ardientes y de suspiros entrecortados.

Si Leocadia hubiera tenido un poco, nada más que un poco de lo que inmortalizara á la Sibila de Cumas, habría comprendido que aquel inesperado desbordamiento de amor, tenía algo de dolorosamente grotesco y de que Pepe, al par que le hablaba, no dejaba de mirar con desesperada insistencia á Clotilde, la cual, con las facciones contraidas, contemplábalos con inquieta actitud.

El Inglesito habíase medio tumbado al lado de Luisa, que traía á mal traer al banderillero con suspiros apasionados y elocuentísimos adormecimientos de pupilas.

El profesor seguía paseándose de constelación en constelación y sólo muy de tarde en tarde dignábase descender de las cerúleas latitudes para aceptar una prosaica rueda de

embutido ó un sorbo de mostagán, de los pobrecitos mortales.

—Pues ahora, que toque el Inglesito y que canten Clotilde y Cartucherita—dijo Luisa.

—¡Eso, eso! ¡que canten!—gritaron los demás.

Clotilde alargó la guitarra al banderillero, diciendo con voz que quiso hacer indiferente:

—Yo no, yo estoy cansada; que cante Pepe, que ahora debe estar en voz, pues parece que, al fin, Leocadia lo ha despabilado.

—Con el sudor de mi frente, hija, con el sudor de mi frente; pero por lo que tú más quieras en el mundo, no le cortes el hilo.

Cartucherita estaba como todos, es decir, casi ebrio, en ese límite luminoso en que la alegría y la lucidez se dan las manos como amigos que van á separarse.

El Inglesito comenzó á rasguear en la guitarra de modo que dejaba algo mejor parado su pabellón que lo dejara anteriormente.

—¿Va usté á cantar?—preguntó Pepe á Clotilde.

—Sí, sí,—gritó Luisa.

—Bueno, daré á ustedes gusto—contestó aquélla, sin mirar al torero.

—Yo lo preguntaba pa ponerme bien con Dios, porque oirla á usté cantar será morirse de gusto,—dijo éste.

—Gracias, no se tome usted ese trabajo; usted está siempre bien con Dios, y con los santos y con toda la corte celestial.

—Eso quisiera yo.

Clotilde se encogió desdeñosamente de hombros, y salió cantando y dejando en pañales á todos los que antes que ella lo habían hecho.

—¡Olé y olé! es usté la suprema emperatriz del cante jondo, pero va usté á encontrar al supremo emperador, ¡vamos á ver, maestro! abre esa boca, que la debías tener engarzá en perlas finas.

Pepe, no se hizo rogar; por algo aseguraba la gente que era una maravilla cantando; cuando abrió la boca y con acento quejumbroso, como una salmodía oriental, moduló un gemido que pareció arrancado de las entrañas, un raudal armónico y doliente que en suavísima gradación fué ascendiendo hasta

estallar potente y tristísimo, todos, ante aquel soberbio preludio, batieron palmas electrizados; Leocadia, se lo comía con los ojos; Luisa, le contemplaba sin respirar, y Clotilde, más intensamente pálida y con la respiración anhelosa.

El Inglesito sonreía orgulloso del triunfo de su maestro y punteaba piano para no robar el más leve matiz á la copla, y hasta el astrónomo incipiente se incorporó para escuchar lleno de gratísima sorpresa, á su antiguo protegido:

Llenitos tengo de lágrimas
el alma y el pensamiento,
yo coger quise una estrella
y se nubló el firmamento.

Por algo dice el refrán que quien canta su mal espanta; es lógico, cuando se canta como lo hizo aquel hombre, tiene que quedarse el corazón vacío de penas y de celos.

Después de los frenéticos aplausos con que fué galardonado el cantador, volvió á pasear la bota por entre la gente ya calamocana,

pero no tersa y oronda aquélla como en un principio, sino débil y llena de arrugas, hasta que, perdido el equilibrio, convirtióse la alegría en borrachera. Entonces Leocadia, encendida y desmelenada:

—¡Toque usted, toque usted tangos!—dijo al Inglesito—que voy yo á bailar.

Y se irguió con todo el donaire del mundo, arrancó á Pepe el sombrero, se lo colocó sobre la frente, recogióse con la mano izquierda la falda sobre la cintura, dando al aire las blanquísimas enaguas llenas de encajes, el microscópico pie admirablemente calzado y el principio de la linda pantorrilla; arqueó el brazo derecho sobre la frente, inclinó el busto, movió con ritmo acompasado y lascivo las caderas, taconeó nerviosa y febril al compás de la música y del alegre palmoteo, y dió comienzo á uno de esos bailes con que la hembra sabe exaltar nuestros sentidos, valiéndose traidora del más gracioso, del más impúdico y del más ardiente de los contoneos.

D. Lorenzo, que había bebido más de lo que podía resistir, que no era mucho, posaba

sus ojos encendidos por amagos de destemplanza, en el cuerpo de aquella alma meridional, para desde allí llevarlos con tímidas ansiedades de placer á Clotilde.

Cuando terminó el baile, dejóse caer la bailadora rendida, ebria, jadeante, medio reclinándose sobre Cartucherita, que en un momento de pensada osadía, fué á ceñirle con disimulo la cintura; pero en aquel momento, una voz seca, rugiente, llena de amenaza, le gritó:

—¡Pepe!

Este oyó á Clotilde, la vió erguirse trémula y demudada, hermosamente colérica, mordiéndose los labios, y al verla de aquel modo, replegó su brazo de modo brusquísimo, relampagueó en sus ojos un placer insensato y levantándose sin cuidarse de Leocadia, se dirigió á la mujer querida y envolviéndola en su mirada, como en un incendio, le preguntó con voz temblorosa:

—¿Me llama usted?

—Sí... sí... era para que cantara usted otra copla—repuso ella con voz emocionada y pasándose la mano por la frente cubierta de sudor.

—Lo que debemos hacer es levantar ya el campamento,—dijo el Inglesito con acento duro y rostro huraño.

Al levantarse la reunión, Clotilde quedó frente al torero; los dos estaban embriagados, los dos pálidos, los dos sombríos.

—¡Pepe, Pepe, venga usté por su salucita y deme usté el brazo, que no puedo tirar de mi persona!—gritó Leocadia en aquel instante.

Se miraron Pepe y Clotilde, ¿qué se dijeron sus miradas? ¡quién sabe!; lo único que podemos asegurar es que tras un momento de vacilación, el primero, ofreció el brazo á la segunda, y que ésta, tras un instante de vacilación también, se aferró á él como se aferra el suicida al pretil del puente por donde va á arrojarse al abismo.

Y allá se alejó la beoda caravana, silenciosa, con paso inseguro y llena de cansancio, en busca de los carruajes, envuelta en las olas de luz de la luna y acariciada por la brisa, impregnada de sales y de rocíos.



XII.

Cuando al día siguiente fué Leocadia á casa de Clotilde, llevaba aún los ojos llenos de brumas y de más brumas aún el pensamiento; recordaba lo ocurrido la noche anterior, como un panorama visto al través de un tul y llevaba el propósito de poner los puntos sobre las íes y de definir claramente si estaba dentro ó fuera de la jurisdicción de Cartucherita.

No debieron salirle del todo redondas sus cábalas, puesto que aquella tarde, antes de comer, dijo á Clotilde con tono irónico:

—¿Sabes tú que ese hombre no está bueno de la cabeza? Anoche lo arranqué, se hizo

almíbar como tú viste y me juró y perjuró que él no tenía en Triana más que dos macetones para sembrar alelíes, y esta mañana ¡pataplún! el mundo al revés... Yo comprendo que el vino... yo también me puse achispadilla, pero no bebimos para volvernos locos, y él, cuando me decía aquello, no había hecho más que empezar á beber; pues bien, hija mía, esta mañana me puso cara de oso y hasta los buenos días me los contestó como quien paga la cédula de vecindad... La verdad es que yo no sé lo que habrá pasado desde que anoche lo llamaste al orden, en lo cual hiciste muy bien, porque me pareció que iba á propasarse...

—¡Bah! no seas niña; es que ese hombre tiene *avenates* de loco.

—Lo que yo siento es lo que me ha hecho rabiar; pero yo te juro que mientras él esté aqui no vuelvo á tu casa, porque yo ya me sé de memoria que en esta iglesia no oigo yo misa, y no la oigo por lo mismo que tú sabes mejor que nadie... porque ese hombre se conoce que tiene un clavo en el corazón...

sin duda, esa trianera que tú dices; y cuando tú lo dices por algo será; ese hombre lo que quiere es divertirse conmigo, y eso no puede ser por ahora, de risa que va á darme.

—¡Qué va á querer divertirse contigo! ya se guardará muy bien; lo que anoche pasó fué que con el vino todos perdimos la *chaveta,* y á él le dió por hacerte el amor, lo mismo que pudo darle por hablar del reloj de Pamplona.

—¿Sí, mujer? ¡qué monería! ¡habiendo inventado la gente tantas cosas para que se diviertan los tontos!

—No, mujer, no es eso; no me quieres entender.

—Lo que yo veo es que aquí todo cambia de color cada quince minutos; Cartucherita, ayer, era un zángano sin vergüenza y hoy es casi un padre misionero; en fin, yo sé lo que tengo que hacer, y ahora mismo no me voy porque no digan; pero en cuanto coma, pillo la puerta y no vuelvo hasta que ese hombre se vaya y descarrile el tren en donde se meta, que tiene que descarrilar.

Clotilde sonrió, mirándola con aire sor-

prendido, mientras Leocadia alejábase con los labios contraídos por enigmática sonrisa.



Cuando la primera vez se vió sola, se pasó con rabia la mano por la frente, como si quisiera arrancarse de ella garras invisibles; desde la noche anterior sentíase otra mujer, no había podido pegar los ojos; las primeras angustias del delito, empezaban á clavar en ella sus aceradísimos dardos.

Desde el momento en que desvanecidos los últimos vapores de la embriaguez quedó á solas con su conciencia, empezó á sondar, asustada, el abismo en cuya pendiente había dado, impelida por los celos quizás, quizás por el amor propio, el primer resbalón.

Pero, en fin, ¿qué es lo que yo he hecho?—se preguntaba, tratando de sincerarse ante sí misma—qué es lo que yo he hecho? ¿pedir á Pepe que cante otra copla? ¿agarrarme á su brazo? ¿qué tiene eso de particular?... pero no, no, ¿á qué engañarme? Yo lo llamé, no para que cantara, sino porque me volví loca,

cuando vi que iba á abrazar á Leocadia, y yo me cogí á su brazo, para que ella no se cogiera; sí, para eso, porque sentí que una rabia inmensa se me subía á la garganta; sí, fué que me volví loca; y ¿por qué? ¿por qué me volví loca? ¿es que tuve celos? pero no, y cien mil millones de veces no, ¡si eso no puede ser, Dios mío! ¡si eso es imposible, si no se puede querer á dos hombres á un tiempo, y yo quiero á mi marido con todo mi corazón!... ¡ay, Virgen santa! ¿qué es lo que se me viene encima?—y al decir esto, Clotilde rompió á llorar tapándose la cara con ambas manos.

Llorando seguía, cuando penetró Pepe en la sala, el cual se puso á contemplarla llorar en silencio, comprendiendo tal vez el por qué de aquellas lágrimas, y así permaneció hasta que ella levantó la cabeza...

Al verlo Clotilde, se encendió su rostro, y le dijo con acento que quiso hacer sereno:

—¡Ah! Pepe, ¿estaba usted ahí? Buenos días.

—Buenos; ó por mejor decir, malos, porque más que malos tienen que ser, á pesar

de comenzar con rocíos del cielo; ¿por qué lloraba usté?

—¡Ah! por nada, porque yo soy así, y el día que me levanto nerviosa, ya se sabe, llanto tenemos, pero tomo tila y pasa el nublado.

—Más vale así; á mí me ocurre lo mismo algunas veces, pero yo lloro pa entro, que es peor, mucho peor.

—Pues, hace usted muy bien, porque un torero con el corazón encogido debe estar para que lo chillen.

—Déjese usté de flores cuando truena: usté llora porque en esta casa se ha metío la mala suerte, y pa que no vuelva usté á llorar sá menester que yo coja la mala sombra que aquí se ha metío y me la lleve lejos, mú lejos, más lejos todavía.

—Pepe, usted está desvariando; aquí no se ha metido nada, ni nadie; usted se irá cuando le dé la gana ó cuando más le convenga.

—Sí, me iré, me iré mú pronto, yo solito, mú solo, con mi sentencia de muerte.

Eso, Pepe, son vendas que á veces se nos ponen en la vista, y delirios que se nos meten

en la cabeza, y esas cosas ni pueden ni deben ser, porque luego se va el sol, y llega la noche y se hiela el alma.

—Tiene usté razón, Clotilde, pero es duro, y Dios siendo tan bueno, algunas veces parece malo; yo me estoy muriendo, yo tengo en las venas un infierno y otro infierno en el corazón; este martirio de mi cuerpo lo llevo siempre conmigo: cuando estoy lejos de... *ella*, la veo en toas partes, porque la tengo clavaita en las niñas de mis ojos, y cuando estoy á su vera, se me llena el pecho de sol y de olores de nardos y me muero de alegrías, y cuando la veo llorar... cuando la veo llorar, que la he visto una vez, me parece que se va á acabar el mundo, que va haber un diluvio de lágrimas...

—Calle usted, Pepe, calle usted.

—No callo; es el único consuelo que me queda; decirle á quien sin querer me mata: —Tú, tú eres el cuchillo que se me va clavando hasta la empuñaura en el corazón; tú la...

—No será tanto, no pensaba usted anoche lo mismo... pero, ¡ay, Dios mío! ¡con lo que yo tengo que hacer! vaya, me voy.

—No se va usté.

—Sí, me voy; esto es una infamia; piense usted como hombre honrado, como hombre... agradecido, como hombre de corazón, y verá usted cómo es una infamia, y cómo nosotros no debemos hablar más, y cómo hago bien en irme...

—No, no se vaya usté, ¡tengo tantas cosas que decirle! hace tanto tiempo que sufro solito sin que se entere ni la sombra de mi cuerpo; me quea tanto que sufrir, tantas nochecitas desvelás, tanto traguito amargo que beber, que bien merezco siquiera por lástima...

—No, no le escucho, ni una palabra más; hasta luego, Pepe, hasta luego...

Y salió Clotilde de la estancia con los ojos brillantes, la tez encendida, anhelosa la respiración y con paso rápido, como quien huye de un incendio.

—Sí, tiée razón que le sobra—dijo sordamente Cartucherita, viéndola alejarse—yo soy un trasto, pero, ¿tengo culpa yo de que esto me pase? hay cosas que no se puéen remediar; este querer es un toro rabioso y

desesperao, y vaya usté á decirle á una fiera:
—Tú lo que debes hacer es bailar al son que te toquen, no me tires, no me busques el bulto, no me enganches por el corazón...

Y aluego, si esa mujer... pero no, el pairino es pa mí tan sagrao como Cristo en la cruz, y yo me arrancaré las raíces de este cariño; sí, me las arrancaré, aunque pegaítas á ellas salgan las entrañas... el quince es la corría, en cuantito salga de la plaza, Dios mediante, me pierdo y no me vuelven á ver el polvo hasta la consumación de los siglos.



Cuando llegó la hora de comer, excusóse Clotilde pretextando gran cansancio. Leocadia sentóse á la mesa cejijunta y sombría, lo cual no dejó de llamar la atención del maestro, que le dijo:

—Pues di que anoche te dejaste en la playa todo tu buen humor.

—Es que yo tampoco me siento bien, me duele algo la cabeza.

—Pues es menester que no vayamos más

de fiesta, si no queremos convertir esto en un hospital, ¿verdad, Pepe?

—Esta niña lo que tiene, es que no está acostumbrá á beber, y anoche la cogió, como la cogimos todos, y el vino tiene la hez amarga—repuso Cartucherita, sin alzar los ojos, pues ya no se atrevía á mirar frente á frente á su padrino.

En aquel instante penetró en la sala el banderillero.

—Buenas tardes, y que aproveche; estimando, D. Lorenzo; hola, rosita de Jericó; adiós, Pepe, Dios te guarde, ¿y la reina de las mujeres bonitas?

—Está maluquilla y se ha echado un rate en la cama.

—¡Cuando yo digo! ¡y eso que el tunante que metí en la bota era casi zarzaparrilla de Bristo, pero eso no será ná!

—Sí, no tiene importancia alguna, gracias á Dios.

—Pero, oiga usté, rosicler, ¿á usté que le sucede que tiene tan triste esa carita morena?

—Una poca de jaqueca.

—¡Chavó! ya voy yo viendo que D. Loren-

zo es el más veterano de la partía, ¡usté, como si ná!

—No lo crea usted, que al levantarme, no daba pie con bola, y al dar clase de geografía, por poquito pongo á Cádiz en las orillas del mar Egeo.

—¡Pues yo sí que la cogí de primerísima! chavó, cuando me separé de ustedes, iba como los titiriteros, con los pies pa arriba y la cabeza pa bajo, y por poquito amanezco en la grillera.

—Harías alguna de las tuyas.

—¡Cá, hombre! fué que al pasar por una esquina me tiré á la cara un señorito con una *gachí* de *órdago,* que estaban pegaítos al burlaero; yo, sin poderlo remediar, le corté el arruyo á los palomos, y al *gachó* se le cayó la *bimba,* y se le arrugó el foque, y, camará, ¡vaya un señorito con *condinga!* si ando torpe, me pone de un puñetazo un ojo en Barcelona.

—Y, tú, ¿qué hiciste?

—Pues, ná, ¿qué iba á jacer? lo cogí por la corbata; y cuando gorví en mí, me encontré con la corbata en la mano, con el cuerpo

dolorío, y con un sereno que me llevó á la fonda.

—Es que tú tienes el vino peleaor, y ya te lo he dicho muchas veces, y un día te van á dar de firme unto de acebuche y pomá pa el pelo.

***

Al terminar la comida, salieron juntos, Pepe y su amigo.

—La cosa se está poniendo *primatérica,* ¿sabes tú?—le dijo éste—y á mí no me vengas con más *infundios;* este negocio va mú mal; el vino es un soplón, y anoche vi yo algo más de lo que hubiera querío ver.

—Tú estás soñando.

—Pues, soñando, veo yo más que otros despiertos.

—¿Y qué es lo que tú viste?

—Yo vi muchas cosas; yo ví que Clotilde quiso tirársela de plancheta contigo, y le echó carne al perro, plantó á Leocadia á tu vera, y te la azuzó, y Leocadia, que está del tó por ti, cogió al calvo por un pelo; tú, que sabes á tu casa, te comiste la partía, y ya

emberrenchinao, le hiciste el amor, y la causante de tu martirio no se enteró bien de lo que tiene dentro hasta que te vió amartelarte con la otra, ¡si te pensarás tú que necesito yo lentes!

—Todo eso es guayaba.

—¡Guayaba! guayaba fué que cuando Leocadia acabó de bailar el tango, que bailó con tó el salero, la fuiste tú á coger por el mimbre, y que Clotilde se levantó apuñalándote con los *sacais* de su cara, y te llamó por tu nombre, aunque aluego, como sabe mucho la *gachí*, salió por carceleras.

—Guayaba, hombre, guayaba.

—Y también es guayaba que Clotilde no ha comido hoy en familia, por no verte, y que Leocadia está *filando* la cosa por una rendija y que tú estás como si hubieras pasao el gómito.

—Ná de eso es cierto, toas esas son visiones.

—¡Visiones! Lo que pasa es que tú no te atreves á hablarme como antes, con el corazón en la mano, porque sabes que en esto no estoy contigo; y no estoy, porque eso

que van ustedes á jacer está pidiendo á voces un tablao en Martiricos, porque es como si uno cogiese á su padre y le dijera:—Esta es el agua que tú bebes, y te la quito; esta la luz que te alumbra, te la apago; este el pan que te alimenta, y te lo robo; y este, el aire que respiras, y me lo llevo; y esta es tu sangre, y te la saco gota á gota; y el hombre que jace eso, es peor que un tigre, y que una jiena y que un perro rabiando.

—Y á ti ¿quién te ha dicho que yo soy asín? ¿quién te lo ha dicho? quiero á Clotilde, sí, la quiero, es verdad; la quiero con toas las veras de mi alma, pa ella son los suspiros de mi corazón, y el latío de mi sangre, y la luz de mis ojos; sí, y mil veces sí, no pueo evitarlo; pero yo te juro, Juan, que antes me arranco las entrañas que jacer una mala chaná con el pairino.

—¡Si jace ya la mar de rato que yo me aprendí de memoria que tú eres bueno y leal! mas hay ocasiones en que la cabeza se pierde, y que nos tiramos, sin querer, por un derrumbaero.

—No tengas cuidao, te lo jura un hombre.

El quince es la corría; en cuantito arrematemos, si salimos con bien, me voy y no vuelvo hasta el día del Juicio Final.

—¿Me das tu palabra de tan y mientras no jacer ninguna esaborición?

—Te la doy.

—Pues bien, ya estoy tranquilo, vámonos al café.

—A la losa del Camposanto es á donde debían de llevarme.

—Eso lo dices porque no te han llevao otavía allí ninguna vez—repuso el Inglesito con tono que quiso hacer chancero, agarrándose cariñosamente al brazo de Cartucherita.

Y allá fueron los dos, intentando en vano arrojar lejos de sí, el uno su temor y el otro sus preocupaciones.





XIII.

Clotilde, arrojada en el lecho, desabotonado el corpiño, desnudos los brazos, el pelo en desorden, pálida, ojerosa, contrita, llena de desmayos y languideces, dejaba vagar su pensamiento por los campos sin límites de lo desconocido, por los ardientes y voluptuosos dinteles de la culpa.

Cartucherita, atropellando por todo, menospreciando los deberes, hollando la conciencia, atando sus energías con fortísimos dogales, señoreábase de sus sentidos, que, exaltados al fin, roto el marasmo del que apenas había logrado sacarlos nunca Lorenzo con sus caricias de hombre correcto y puro, vibraban encendidos por súbitas llamaradas,

arrebatados por irresistibles impulsos, derrumbando con sus estremecimientos recónditos, con sus primeros vaivenes la imagen consagrada del amor honrado, por la enloquecedora del deleite infame.

Clotilde se debatía entre aquellas olas de fuego, cuando su marido, después de comer, llegó al dormitorio; un nuevo suplicio comenzó entonces para ella; tuvo que refrenar lo imaginación, que sujetarla al deber, que dejar de percibir los halagos del amante en presencia del esposo; dió comienzo la lucha entre su imaginación y su conciencia, y mientras el profesor acariciaba entre las suyas, una de sus manos, tersas y pulidas, queriendo romper lo angustioso de aquella situación, arrojóse fuera del lecho.

—¿Por qué te levantas? quédate ahí—díjole dulcemente D. Lorenzo, posando en ella una mirada que era un himno de ternura.

—No; ya estoy bien—repúsole Clotilde con acento ligeramente acre.

—¿Estás enfadada?

—Yo, no, ¿por qué me lo preguntas?

—Me pareció, y me lo sigue pareciendo.

—Á ti los dedos se te antojan huéspedes.

—Es posible; como que tratándose de ti una gota de agua me parece un mar y un grano de arena una montaña.

—Muchas gracias; puedes estar tranquilo, ya estoy bien.

—Bien estarás de salud; ¡lo que es de humor!

—Será menester coger unas castañuelas y repiquetearlas para que te tranquilices.

—¡Cuando yo digo! Mira, me voy, es lo mejor; á la vuelta se te habrá pasado la mosca.

Clotilde no contestó, y Lorenzo se dirigió á ella, le rodeó el cuello con un brazo y la besó tímidamente en una mejilla.

En un tris estuvo que ella no rehuyera el beso de modo inconsciente; después, arrepentida de aquella brusca desviación de lo que Dios manda, correspondió á la caricia con otra igual, igual en las apariencias, y decimos en las apariencias, porque uno de los ósculos, el de Lorenzo, brotó dulce y espontáneo al mandato del corazón, y el de ella, desmayado y glacial al mandato de la volun-

tad, que se batía en retirada, ante la ola irritante de las exaltaciones.

Cuando Lorenzo hubo salido, sentóse ella frente al espejo y se alisó la sedosa y enmarañada cabellera, se puso una bata de percal rameado y dirigióse al comedor y sentóse allí indolentemente á respirar el fresco de la tarde, que penetraba por el balcón entreabierto.

A poco llegó á la estancia la Señá Teresa.

—¿Y Leocadia?—le preguntó Clotilde.

—Apenas comió, se fué, y aunque no vuelva, maldita la falta que hace: ¡á enemigo que huye!...

—¿Por qué dice usted eso?

—Por ná.

—Por algo será.

—Ya lo creo que es por algo ¡y tan por algo!

—¿Qué ocurre?

—Pues ocurre... vaya, no ocurre ná.

—¿Ha habido terremoto?

—No lo tome usted á broma, la cosa es mu grande.

—Me está usted poniendo en cuidado.

—Pues no es pa menos.

—Hable usted ya; me tiene usted inquieta; ¿qué ha ocurrido?

—Ha ocurrido, ha ocurrido, que no sé como no le he pateao la lengua á la mujer de Toño, el tocinero de la esquina.

—¿Por qué?

—Porque se ha atrevío á decir...

—¿Qué?

—Que... si usted... ¡hija de... su madre! ¡lengüita de jacha! roía de un cáncer se la vea.

Clotilde al oir aquellas brutales reticencias palideció primero, luego se puso roja como la grana, y después, tras algunos momentos de violenta mudez, murmuró con voz asustada y llena de congoja:

—¿Pero qué es lo que ha dicho?

—Pues ha dicho que si usted... que si Cartucherita.

—¡Infames!; pero ¿ve usted, Señá Teresa, ve usted? ¿no es esto una iniquidad? ¿no es esto un dolor? ¡Dios mío! ¿no es un dolor que sin comerlo ni beberlo, sin salir de sus cuatro paredes, le quiten á una la honra de ese modo?

—¡Ya se ve que sí! pero no se apure usté

tanto, que cuando no es más que un mal vagío lo que empaña el vidrio el sol lo derrite.

—¿Y qué es lo que yo debo hacer?

—¿Qué va usté á hacer?

—¡Virgen mía! ¡en qué mala hora pisó ese hombre esta casa! y ¿qué le hago yo? ¿cómo le digo que se vaya si mi marido no lo quiere consentir?

—Como que está más tonto que el *Manquito* el aguaor.

—¿Y si yo se lo dijera á Pepe, y le pidiera por Cristo crucificado que se fuese?

—Pues, mire usté, eso no estaría mal.

—¿Está ahí ese hombre?

—Sí, señora, en su cuarto vistiéndose; salió con el Inglesito, pero ha vuelto hace una chispa.

—Pues hágame usted el favor de decirle que quiero hablarle ahora mismito.

—¡Más pronto!—dijo la vieja, saliendo precipitadamente.

***

A los pocos momentos penetraba Cartucherita en el comedor.

—Me ha dicho la agüela que quería usté hablarme, y aquí me tiene usté, que aquí me estuviera yo en vida y en muerte.

—Pepe, haga usted el favor de callar, y ahora más que nunca. Porque sé que es usted incapaz de cometer una traición, porque sé que es usted bueno y generoso, lo he llamado para pedirle un favor muy grande; ¿me lo concederá usted, verdad? Por lo que más quiera en el mundo se lo pido.

—Entonces, por usté.

—Bueno..., por mí.

—Pero es que usté no tiene que pedirme favores ningunos; usté no tiene más que mandar, como reina arsoluta que es de mi persona; usté me ordena que me saque el corazón, y me lo saco; toito yo, mi cuerpo, mi alma, mis pensamientos, tó es de usté, y usté dispone de lo que es suyo..., y dispone usté porque sí, porque así lo quiso la suertecilla, la mala suertecilla que me persigue; ¡si usté no estuviera presa en esas caenitas!, ay Dios mío, y cómo el mundo sería pa mí un plantel de flores, y cómo venderíamos gusto al peso, y cómo las niñitas de mis ojos no necesita-

rían mirar ni al sol que nos alumbra ni á las estrellitas de los cielos, que tantas veces me han visto llorar solito en mi solitú con las espinas que llevó clavá siempre en mi corazón, y no necesitaría de ná, porque los cielos azulitos que yo quiero ver están en esos *sacais*, que son mi martirio, y el aire que quiero respirar, en esa boca, y la gloria prometía, en...

A Pepe le relumbraban los ojos; su acento era entrecortado; estaba pálido, intensamente pálido, y sabe Dios dónde hubiera ido á parar con su febril y apasionada elocuencia, á no haberle interrumpido bruscamente Clotilde, diciéndole con voz angustiada:

—Por la Virgen Santísima, calle usted, ó me voy.

—No, no callo; bueno es que yo me dé garrote, mas no es justo que no pueda quejarme tan siquiera.

—Pepe, usted está loco y me va á volver loca, calle usted; entre nosotros no puede haber más que un cariño de hermanos.

—Eso sí que no; aborrézcame usté con tós sus cinco sentíos, pero no me quiera de ese

modo...; yo no pido ná, naíta pido; el día que yo me atermine á pedir algo á alguien, le peiré un derrote en el corazón á un *Miura*, y ya verá usté como entonces no me acuerdo de nadie, y me curo de tó, y no tiene usté que peirme ná.

—Pero, ¿es que se ha propuesto usted quitarme del mundo? ¿Por qué vino usted á esta casa, que desde que vino usted he perdido la cabeza y la tranquilidad, y hasta la honra?

—¿Cómo la honra?

—Sí, sí, la honra; por eso lo he mandado llamar, para suplicarle que se vaya con cualquier pretexto, porque ¿sabe usted lo que dice la gente?, pues dice... lo que yo no repito, porque se me enciende la cara de vergüenza.

—Y ¿quién, quién es el que se atreve á decir eso?—rugió Cartucherita, incorporándose lívido y amenazador.

—¿Qué importa quién? ¡uno ó una!

—Pero, ¿quién ha sido?

—Las gentes, y si esto llega á oídos de su padrino de usted..., no lo quiero pensar; lo que es preciso es que usted se marche en

seguida, porque esa es la única manera de que enmudezca la murmuración.

Cartucherita, tras algunos instantes de silencio, repuso con voz sorda:

—Mire usté, Clotilde, si usté quiere, yo me voy ahora mismo; pero piense usté en que va á ser peor lo roto que lo descosío. Yo tengo que trabajar aquí dentro de ocho días, ¿cree usté que yo me debo ir, pa volver, como quien dice, dentro de un rato? Yo pienso que no, porque cuando me vaya, no debo volver nunca.

En fin, yo hago lo que usté disponga; pero si usté opina que no me vaya, yo le prometo que mientras esté aquí, ni la miro ni le hablo como no haya gente delante.

—Quizás tenga usted razón...—repuso ella pensativa;—además, Lorenzo se opondría...; ¿no tiene usted contrata para otra capital?

—Antes que aquí, no, señora.

—Bueno... quédese usted; pero, por lo que más quiera, no me hable usted ni me mire mientras permanezca aquí.

—Pierda usté cuidao... ¡tengo más ganitas de que llegue la tarde de la corría!

—¿Para qué?

—¿Que pa qué? Pa encunarme con el primer *buró* que salga, pa que me diga cualquier cosa con un *pitán* y se me quite esta pena.

—¿Lo ve usted? ¡si es usted malo! ¡si tiene usted malas intenciones! ¡si yo no quiero que á usted le pase nada! ¡si es martirizarme decirme esas cosas, y usted las dice porque sabe que me duelen!... si lo que yo quiero es que se vaya usted y me olvide y sea muy dichoso.

—¿Dichoso lejos de usté? Pa que amanezca es necesario que salga el sol; hace ya mucho tiempo que pa ser dichoso necesito matar esta serpiente que tengo enroscá al pecho desde que vine. Desde que vine estoy sufriendo el más grande de los suplicios; pero al mismo tiempo, cuando la tengo á usté cerca de mí me parece que se ha roto un peazo del cielo y que estoy viendo por él la gloria y á Dios y á los ángeles.

—Váyase usted, váyase usted, y prométame que no se desesperará.

—Y si yo me desesperara, si á mí me sucediera algo malo, ¿usté lo sentiría?

—Pero, ¿está usted ciego, ó tiene ojos y no ve? ¿ó se ha propuesto darme tormento?

Y á Clotilde hinchósele el pecho, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No, por la virgencita de la Pastora, no llore usté; que ca una de esas lágrimas es una gota de plomo derretío que me quema el alma.

—¿Qué le importa á usted que yo llore ó que no llore?—repuso Clotilde llevándose el pañuelo á los ojos y saliendo precipitadamente, mientras Pepe, viéndola marchar, decía con voz reconcentrada:

—¡Yo no pueo más!, esta *gachí* me mata, tan fijo como me quedé sin padre.





XIV.

Llegó el día fijado por la empresa para la corrida en que por vez primera iba á lucir Cartucherita en Málaga sus facultades maravillosas y su indomable valor, que esto decía la fama de que venía precedido.

Pepe, desde que tuvo con Clotilde el diálogo que ya conocen nuestros lectores, habíase replegado, cumpliendo su promesa; pero su rostro reflejó, sin duda, de modo tan intenso durante aquellos días las sordas angustias que le agitaban, que su padrino hubo de preguntarle en varias ocasiones las causas de sus tristezas, sin conseguir, como es de suponer, contestación satisfactoria.

Clotilde no vivía ajena á estas recónditas

luchas; el rostro del torero era para ella un libro escrito en clarísimos caracteres; leyéndolo sentía dentro de su sér el eco de aquel ahogado grito de dolor, la espuma de aquel rugiente oleaje de pena, y empezaba á encontrarse débil para proseguir aquella lucha titánica y desesperada.

Al mismo tiempo que lo agradecía, irritábale el tesón del hombre, la entereza con que se enfrenaba el alud, y este constante vaívén de su pensamiento, este vertiginoso agotamiento de vida, acabó por desmejorarla y por metamorfosear su hermosura, convirtiendo la rosa en azucena y la tarde en crepúsculo.

Pepe, para quien esto no pasaba inadvertido, al pensar que en breve iba á alejarse de aquella mujer para siempre, echábase á agonizar. La imagen de D. Lorenzo, en aquellos momentos de crisis, perdía en su mente algo de sus aureolas, y entonces murmuraba en sus solitarios monólogos: —El agraecimiento, como tó en la tierra, tiene su término; bastante he pagao ya tó el bien que me hizo con este tormento tan grande.

Felizmente, pronto su rectitud de alma re-

cobraba su imperio, y seguía diciendo: —No, cállate corazón, cállate maldecío...; víbora, no piques; ese hombre, cuando estabas á la clemencia del cielo, te dió su amparo y te abrió su pecho y su casa de par en par...; no hay remedio, antes que tú le mates á él como un traicionero, más vale que á ti te mate un toro cara á cara, y asín al menos no te podrá agachar la frente la vergüenza de una mala acción.

Este monólogo era repetido y más que repetido por Pepe con aterradora frecuencia.

El día á que nos referimos, D. Lorenzo, después de almorzar, dijo al torero:

—Mira, Pepe, no te extrañe que yo me vaya ahora mismo y no vuelva hasta que te hayas marchado; me produce pánico pensar que vas á jugarte la vida contra una fiera; eso es absurdo, monstruoso, inconcebible, impropio de un país culto; no quiero verte adornarte, ni oir hablar de nada concerniente á la corrida, y para conseguir esto, debo marcharme; pero, por Dios, ten prudencia, no hagas caso del público, del público que siendo una colectividad de hombres generosos considerados

individualmente, juntos forman un sér malo, salvaje y sin entrañas.

Pepe sonrió, sin discutir los razonamientos del padrino, y éste se alejó, luchando en vano por ocultar sus inquietudes.



Al dar las tres en el viejo reloj de la escuela, penetró Cartucherita en la casa seguido de Román el Pitillero, que era para él á modo de ayuda de cámara, título con que se había retirado después de una cogida en Barcelona.

Fuése, seguido de su ayudante, directamente á su habitación, después de dar, al paso, las buenas tardes á Clotilde, que, vestida con una bata color rosa, ligeramente escotada, los brazos medio desnudos, reclinada la cabeza sobre el respaldo de la mecedora, dejaba vagar sus entristecidos ojos por entre las ramas del árbol, sumida en dolorosas abstracciones.

Vió llegar á Pepe taciturno, con la frente inclinada; asustóla su siniestra actitud, y

como tenía algo de lúgubre su aparente serenidad, asaltóla, pensando en esto, una idea terrible; las frases amenazadoras que dejara escapar el torero en sus instantes de desesperación vibraron en sus oídos cual misteriosa y terrible profecía.

El sol llenaba la estancia de luz y calor, el silencio imperaba allí, todo yacía sumido en lánguido aletargamiento.

Poco tiempo había pasado cuando se abrió la habitación de Cartucherita, resonaron los pasos de éste en el corredor, y vióle Clotilde aparecer en los umbrales de la sala, sin acabar de vestir, con el clásico calzado, la pantorrilla de enérgico lineal aprisionada en tirante media de seda, taleguilla de gró color de café con áureas guarniciones, blanca camisa de hilo, sin almidonar, con pasadores de oro, cubierta de bordados, cuya blancura hacía resaltar lo obscuro de su tez, y ostentando en la mano rojo y brillante ceñidor de seda.

Al penetrar en la sala, posó los ojos en Clotilde, y le dijo con voz llena de arrullos tristes:

—Perdone usté, Clotilde; usté me pidió un favor, y ya casi está hecho; y luego, más tarde, lo acabaré de hacer, pero, en cambio, quisiera decirle...

—¿Qué tiene usted que decirme?

—Ahora se lo diré; pero tan y mientras, ¿quiere usté ayudarme á poner el ceñior?

—¿Pues y el Pitillero?

—Lo he mandao á que le diga al Inglesito que venga ya á recogerme.

—Pues espérese usted, Teresa tardará poco.

—No, señora, si yo quiero que usted sea quien me ayude ¿no podrá ser eso?

Clotilde miró fijamente á Pepe, y al ver su figura envuelta en luz, arrogante, artística, hermosa, llena de gallardías y naturalidad, realzada por las tersuras del raso y las fulguraciones del oro, sintió que su entereza flaqueaba, y vaciló un instante en acercársele, en asomarse al borde de aquel despeñadero del amor, por temor al vértigo.

—No quiere usté, ya lo creo, se necesita tener durilla el alma... yo no he venío á que me ponga usté el ceñior; yo he venio porque no quería irme á la Plaza, sin decirle á usté

que ya cumplí mi palabra, como la cumple un hombre, y que mañana me iré, pero que me dejo aquí, en ese pechito de nieve, toito cuanto yo era, y las alegrías de mi corazón y las palomitas blancas de mi pensamiento.

—Pepe, un paso más, y hemos salvado el precipicio, y nos hemos portado como quienes somos.

—Sí, ¡como quienes semos! mas ¿sabe usté lo que he sufrío, y lo que sufro, y lo que me quea que sufrir?

—Y, usted ¿no sabe que yo sufro también? acabemos, Pepe, acabemos; concluya usted de vestirse y váyase á la Plaza á recoger honra y provecho, y después á Sevilla y á no volver á acordarse de mi persona.

—¡No acordarme de usté!... es posible... ya me voy; en fin, que sea lo que Dios quiera, y Dios querrá lo que yo me sé, lo que usté sabrá mú prontito.

—No diga usted eso, me da frío oirle; no diga eso, y júreme usted que hará todo cuanto sabe por salir bien de la corrida.

—Ayúdeme usté á ponerme la faja.

—Le ayudaré, si me jura usted lo que le pido.

—Ayúdeme usté.

Acercóse Clotilde al torero, cogió un extremo del ceñidor, rodeándoselo á la esbelta cintura, y al terminar quedósele mirando de hito en hito, y repitió con acento suplicante:

—Júreme usted ya por la Virgen Santísima lo que le he pedido.

Cartucherita se estremeció violentamente; cerca, muy cerca, tenía la mujer tan ambicionada, aquel hermosísimo imposible, aquella despótica dictadora de su sér, trémula, llena de pasión, con el aliento entrecortado, la súplica en los ojos, los labios descoloridos, el seno jadeante, y viéndola así, envenenándose con las fragancias de su cuerpo, su respiración se hizo difícil, centellearon sus ojos, inclinóse con voluptuosa lentitud sobre Clotilde, la fascinó con su mirada, con su aliento, con su fiebre de león apasionado, le cogió por la cintura, y con voz rugiente de amor, le dijo:

—Yo te juro, gloria y martirio de mi vida,

que si no me das un beso, uno tan solo, no salgo con vida del reondel.

Clotilde miró atónita, asustada, á todos lados, se debatió un instante entre los brazos de Pepe, y luego, de pronto, como reaccionada por una ráfaga de locura, se aferró á sus hombros, le contempló delirante y exclamó con voz sorda, dulcísima, desesperada:

—Por un beso... morir tú... no, y mil veces no.

Aquellos dos rostros se unieron, aquellos brazos se entrelazaron, aquellas bocas confundieron sus hálitos, y el placer se estremeció ante su propia grandeza y el delito ante su irresistible pujanza.

. . . .

Clotilde y Cartucherita se miraron asustados.

Sintióse el rumor de un carruaje al detenerse en la puerta, después, resonar la campanilla y después la voz ronca del Inglesito, que gritó desde el extremo del corredor:

—¡Vivo, maestro! ¡que se hace tarde!

Pepe se dirigió á su cuarto con pasos trémulos, después de arrojar una mirada de

estupefacción sobre Clotilde, y penetró en él, y púsose como un autómata la encarnada pañoleta, la brillante chaquetilla, la aterciopelada montera, y cogiendo el lujoso capote, salió de su habitación, como agobiado por el peso de una montaña.





XV.

El ardiente sol de Junio caía implacable sobre la mitad de la Plaza de Toros, mientras la otra mitad yacía en sombra. El calor no había conseguido retraer á los aficionados de pocos haberes, los cuales, defendidos de los rigores del astro por sombrillas, grandes abanicos y á modo de toldos improvisados con mantones de crespón, hormigueaban en los tendidos, que no ardían espontáneamente por misericordia divina.

El constante gritar, el constante vaivén de la multitud, no hallaba punto de reposo; las botellas brillaban con tonos de topacios y de rubíes, alternando con mugrientas botas pletóricas de *peleón*, que pasaban de mano en

mano. El vino, asociándose al fatigoso ambiente y al febril entusiasmo, hacía crecer el bullicio, hervir la sangre, surgir la reyerta y hasta á veces resonar la bofetada.

De vez en cuando, acá y acullá, un remolino ensordecedor marcaba el lugar de una de las pendencias de la tarde, y allí acudían, abriéndose paso penosamente, los encargados de mantener el orden, no sin tener que aguantar, de camino, la rechifla de la alborotada multitud.

Estas *broncas*, explosiones de la sangre meridional, son más frecuentes en las graderías del sol; en las de sombra, el público es más correcto, más atildado, más lleno de compostura; aparece allí el instinto atado más corto por la educación, la alegría es más formal, menos belicosa; el ropaje también es más serio, menos chillón y no son tantas las corbatas encarnadas, ni los vistosos abanicos, ni los sombreros de alas rectas y copas hendidas.

Allí nuestros *góticos* alternan con los típicos descendientes de nuestros clásicos antepasados, luciendo orgullosos y petulantes los

primeros, exótica indumentaria, grotesca fusión de los modelos británicos con los del gusto parisiense y hasta con los de los países cantados por Ossian.

En los palcos fulgía la flor y nata de nuestras mujeres, vestidas con la clásica brillante falda llena de encajes, sobre los hombros blancas mantillas, adornada con flores la rica cabellera y luciendo joyas riquísimas en el pintoresco tocado.

El cuadro era deslumbrador; en las talladas cornisas ondeaban los gallardetes con los colores nacionales; ni la nube más ligera empañaba el purísimo azul del cielo; el enarenado redondel brillaba como una duna africana; desde parte de los tendidos divisábanse allá en la accidentada ladera de Gibralfaro, como viviente piña, los menesterosos de la afición.



Hizo la señal el presidente.

Abriéronse las puertas de los corrales y asomaron los alguaciles con la negra ropa de

terciopelo algo deteriorada por el uso, calzón corto, trusas y capilla, medias del mismo color, zapato con broche de plata y amplísimo chambergo adornado con negro plumaje.

Avanzaron lentamente, haciendo caracolear las cabalgaduras, abriéndose en ala al salir, para ir á juntarse bajo el palco presidencial, de donde, después del ceremonioso saludo de ordenanza, tornaron rápidos, en la misma forma, al punto de partida.

Ya allí, como acaudillando á los toreros, avanzaron con lentitud; detrás de ellos, asomaron Cartucherita y Florentino, seguido cada cual por los suyos, con los lujosos capotes de paseo terciados al hombro y recogidos graciosamente en la cintura, y andando con armónico campás al son de la música; después los picadores como embragados, sobre poco gallardos corceles, luciendo el achatado castoreño y las amarillas calzonas, con que cubren las fortísimas gregorianas; detrás los valientes mozos de plaza, y por último, cerrando el brillante escuadrón, las mulas de arrastre, con jaeces y mantas azules unas y encarnadas las otras.

A los rayos del sol, aquellas bizarras figuras cubiertas de raso y oro y argentería, resplandecieron como animados joyeles.

Llegó el ordenado pelotón ante la presidencia y después de saludarla, convirtióse la uniformidad en animada baraúnda; salieron al trote los argahijos, fustigados por los muleteros; tomaron plaza los picadores de tanda, fuéronse los de reserva, situáronse los mozos junto á los piqueros, y los matadores y los peones cambiaron los capotes de lujo por los de brega, dando los primeros á sus amigos para que los colocaran sobre las contrabarreras, á modo de pérsicas colgaduras.

. . . .

Resonó el clarín y apareció la fiera en el redondel.

***

Cartucherita estaba siniestramente abstraído; no veía al toro, ni á la muchedumbre, ni á su cuadrilla apenas; entre él y la realidad interponíase una silueta fantástica: el rostro de su profesor, dulce y noble, triste y pálido, con los ojos llenos de lágrimas, de hondas y

sentidas reconvenciones, y de cuya boca contraída se escapaban, no el insulto, no el ronco grito de la indignación, sino el sollozo y el reproche.

—Pero, ¿me quiées decir qué es lo que tienes?—le preguntó el Inglesito.

Cartucherita no le contestó siquiera; se fué al bicho, abrió el capote, y en un palmo de terreno jugueteó con la fiera hasta dejarla inmóvil; entonces, recogiendo el percal, la miró con estúpida ó maravillosa indiferencia y volvióle la espalda, como con el más soberano de los desprecios.

Después, sin oir, tal vez, el entusiástico clamoreo del público, se dirigió lentamente á la barrera.

No podía arrojar lejos de sí el recuerdo de su villanía; aquella aterradora silueta perseguíale como perenne acusación, y no se apartaba de sus ojos, siempre noble, siempre triste, siempre querellosa.

La lidia continuó sin incidentes; cuatro caballos yacían sobre la arena ensangrentada; el toro mugía, escarbando el suelo y sacudiendo, lleno de dolor y de cólera, las visto-

sas banderillas que le colocaran dos maestros, el Inglesito y el Niño de Carmona.

Resonó el tercer toque de clarín, y cogiendo Pepe los avíos de matar, dirigióse á la presidencia. Los que se apiñaban en aquel tendido, se levantaron silenciosos á escuchar el brindis. Quitóse la montera Cartucherita, y ésta en una mano y en la otra el engaño de púrpura y el limpio acero, brindó, glacial é indiferente, yéndose después al toro, que había llegado al último tercio huído y receloso.

Cuadróse éste, por fin, tras una inteligente y brillante faena del torero, el cual se sentía más bravo que nunca bajo aquella mole de pena que le aplastaba el corazón; lió la roja muleta, enfilóse, alzó la espada y de poder á poder, con arrojo temerario y sin vacilar un punto, tal vez sin conciencia de lo que hacía, se tiró recto y decidido y hundió el estoque hasta los gavilanes, en las mismas péndolas de la fiera; más al hacerlo, quedó encunado y sin salida, y entonces el bicho, agonizante, con el último empuje de su poderosa vitalidad y de su cólera indómita, se abalanzó á él y lo recogió por el pecho.

Un grito estridente brotó del público, que vió al torero forcejear por arrancarse del asta, y el Inglesito arrojarse sobre la fiera y disputarle brazo á brazo el cuerpo de su maestro, que al fin cayó á sus pies inerte y ensangrentado.





XVI.

Pepe fué conducido á la enfermería en brazos de su primer banderillero, de un mozo de plaza y de algunos otros que se daban de empujones por prestar su apoyo al torero moribundo.

Cuando el conserje hubo logrado cerrar la puerta á los curiosos sin título, ya estaba llena la estancia de picadores, muleteros, mozos, guardias, periodistas y prohombres de la afición, que habían penetrado allí, unos por méritos ó casi por valentía, por la puerta principal, y otros por la de escape de los privilegiados.

El sol arrojaba por las ventanas, abiertas de par en par, torrentes de luz y de calor,

impregnando de vida y colorido aquel cuadro de desolación y de muerte.

El blancor de las paredes del recinto lastimaba los ojos, las velas colocadas en el altar de la modesta capilla, palidecían entre hirvientes oleadas de fulgores; al través de la cerrada puerta oíase el sordo rumor de la gente que se agolpaba en el arrastradero, ávida de noticias, y el ronco vocear del público, que jadeaba ebrio de sol, de sangre y de entusiasmo.

Todos los que rodeaban al infortunado Cartucherita estaban pálidos unos, lívidos otros; los únicos graves y serenos eran los doctores y el sacerdote.

Este, aparecía como la única nota obscura del cuadro, con su negra túnica talar; su semblante no reflejaba más que austero indiferentismo; aquello, para él, no era, sin duda, más que una repetida tramitación del deber, igual que para los médicos un nuevo combate y tal vez una nueva derrota.

Hicieron estos lado bruscamente en torno del herido, la gente se apartó estremeciéndose; hasta el Inglesito retrocedió dos pasos con

los ojos llenos de lágrimas, los dientes apretados convulsivamente, reprimiendo á duras penas el sollozo que le hinchaba el pecho, y mirando con tremenda expresión de espanto y de pena el rostro inmóvil del infeliz compañero.

Éste, desplomado sobre el lecho, era una nota irritantemente bella, llena de magnificencia y de esplendores, con el rostro varonil sin expresión de dolor casi, lleno de espantosa atonía, cara de estupefacción y de muerte, dejando ver entre los entornados párpados las pupilas dilatadas y mates, con los labios cárdenos y desfallecidos, la nariz afilada, amarillenta la tez, el negrísimo cabello humedecido por el sudor de la terrible congoja, con la chaquetilla, los alamares, los bordados, el fino ceñidor, la blanca camisa, todas sus galas, tintas en la sangre que brotaba por la mortal herida, y sobre aquel conjunto áureo y refulgente, el sol cayendo espléndido, cual sobre riquísima estofa arrollada en girones y bordada de pedrería.

El torero fué despojado de sus galas hasta desnudarle el robusto pecho.

Se inclinaron los doctores sobre él; uno de ellos tocó los bordes de la tremenda herida; temblaron todos los espectadores, los de menos ánimos volvieron la cara, los de más bríos se aproximaron; los médicos reconocieron la herida; Pepe se estremeció de un modo horrible, abrió imponentemente los ojos, paseó una mirada llena de estupor, entre los circunstantes, y al ver al Inglesito fulgió en ella un último destello de lucidez.

El banderillero comprendió que aquellos ojos lo llamaban, y se inclinó sobre el agonizante; algunos momentos su rostro permaneció completamente unido al de Cartucherita, humedeciéndolo con sus lágrimas y aspirando sus hálitos últimos; después se irguió mordiendo impotente el sollozo para que no se le escapara.

Los médicos miraron expresivamente al sacerdote; la ciencia se dió por vencida; la religión acudió solícita al abandonado; el cura, grave, sereno, con glaciales lentitudes, se dirigió al altar; ciñó á su cuello, después de besar la cruz, la morada estola, oprimió entre sus manos la ampolla de plata, cáliz

divino con los últimos sublimes consuelos, y se dirigió hacia el moribundo, lleno de majestad, en tanto que los conmovidos espectadores se descubrían y arrodillaban trémulos y silenciosos.

. . . .

Como un vago y melancólico susurro, como el misterioso aletear de un pájaro resonaron las plegarias del sacerdote.

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

Allá, en las gradas de piedra del vasto coliseo, el público, ebrio de sol, de sangre y de entusiasmo, vociferaba brutal, ávido de trágicas impresiones:

—¡Caballos! ¡caballos! ¡caballos á la plaza!



